

Cazando al Yo

según Ramana Maharshi



Lucy Cornelssen

Ramana Maharshi fue la personificación misma de lo que es una vida superior; la prueba viviente de que el anhelo de la verdad suprema no es un escapismo motivado por la cobardía, sino el acceso a nuestra verdadera realidad.

Aunque Ramana y su mensaje no necesitan de ningún elogio, apoyo o publicidad, pues han sabido, por su propia fuerza, abrirse paso hacia los corazones que han madurado y están dispuestos para recibirlos, aquello que su existencia demuestra puede tal vez ser mejor asimilado al dar a luz me diante este libro una muestra palpable de que el secreto del sabio de Arunachala de ningún modo se ha extinguido, sino que sigue vivo, abriendo nuevas perspectivas para las almas empeñadas en la búsqueda de su verdadera naturaleza.

Cazando al Yo

según Ramana Maharshi

Lucy Cornelssen



SERIE
ESOTERISMO
Y REALIDAD **34**

Título original: *Hunting the 'I'*
According to Sri Ramana Maharshi

© 1979, Sri Ramanasramam,
Tiruvalai, India

Primera edición en español: abril de 1990

Traducción: Efrén Rábago

D. R. © EDITORA Y DISTRIBUIDORA YUG, S. A.
Hamburgo 290, Col. Juárez,
C.P. 06600, México, D. F.

Prohibida la reproducción parcial o total
sin permiso por escrito de la casa editora

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO

ISBN 968-7149-87-6

ÍNDICE

Prólogo	9
-------------------	---

I. LA ESTRELLA SOLITARIA

El escenario	13
El sabio	20

II. CAZANDO AL YO

Investigación	33
Meditación	43
Obstáculos y trampas	52

III. MAYA

La serpiente en la cuerda	65
<i>Gurús, sidhis y sanyasa</i>	70

IV. LA VOZ DE LA NATURALEZA

El nacimiento del hombre	83
El "yo" y Dios	94

V. EL DESPERTAR

El regreso a las fuentes	103
Así hablaba Ramana	114
Glosario	127

PRÓLOGO

EL NOMBRE de Sri Ramana Maharshi es reconocido dondequiera que exista el anhelo por lograr una vida de sabiduría y de amor, de libertad interior. El sabio de Arunachala fue la personificación misma de lo que es una vida superior y fue la prueba viviente de que el anhelo de la verdad suprema no es un escapismo motivado por la cobardía, que nos impulsa a huir de las situaciones adversas en pos de un sueño, sino el acceso a la verdadera realidad.

Sri Ramana Maharshi y su mensaje no requieren de ningún apoyo ni de ninguna publicidad; en todo el mundo han sabido abrirse paso para llegar a los corazones que han madurado y están dispuestos a recibirlos, no obstante lo cual, con motivo de la celebración del centenario del nacimiento del Maestro, quisimos sacar a la luz algo que demostrara que el secreto del sabio de Arunachala por ningún concepto se ha extinguido, sino que, por el contrario, cada día se abren más y más perspectivas para las almas que están empeñadas en la búsqueda.

En la atmósfera propicia de la Colina Sagrada, las circunstancias parecían disponerse por sí mismas. Así fue como V. Ganesan, maestro en literatura, hizo la sugerencia, la escritora alemana Lucy Cornelssen, residente en el *Sri Ramanashramam*, proporcionó el material, el profesor K. Swaminathan y Sri Viswanatha tuvieron la gentileza de revisar el original y contribuyeron con sus sugerencias, Jim Grant, un joven devoto norteamer-

ricano, dedicó todo su esfuerzo a dar los últimos toques al trabajo.

De modo que... ¿quién es el autor?

Cazando al Yo llega al público como un pequeño ejemplo de aquella gran verdad: Las cosas ocurren, los hombres son simplemente los medios para que éstas sucedan...

¡Que las bendiciones de la Estrella de Arunachala acompañen este humilde obsequio al lector!

El Editor

Sri Ramanasramam

1979-1980, Año del Centenario

I

LA ESTRELLA SOLITARIA

Contemplar Chidambaram, nacer en Tiruvarur, morir en Benares o simplemente pensar en Arunachala, es asegurarse la liberación.

(*Talks*, 448)

EL ESCENARIO

EL MAPA NOS muestra a la India como una península triangular al sur de Asia. Al sur de las enormes llanuras indo-gangéticas y proyectándose hacia el mar, encontramos la altiplanicie; el Decán. Con sus miles de kilómetros de vías férreas y miles de kilómetros de carreteras de piedra quebrada por las que transitan lo mismo carretas tiradas por bueyes que los más modernos vehículos de motor, parece haber muy poca diferencia entre el Decán indio y cualquier otra zona civilizada del mundo.

Sin embargo, el contenido de esta obra pronto nos revelará que la palabra "India" significa áreas aún desconocidas, abismos que se ocultan bajo la superficie de nuestro mundo cotidiano y que, por extraño que parezca, están muy cerca del suelo que pisamos.

Existe una montaña, que pertenece a la Meseta Oriental, a unos 200 kilómetros al suroeste de Madrás, llamada Arunachala, lo cual significa "Colina de fuego" o "Colina del alba". Los Puranas aseguran que se trata de la montaña más antigua de la tierra. ¿Folclor, leyenda, cuentos de hadas? Bueno, las investigaciones geológicas han confirmado el "cuento de hadas". Hoy en día es un hecho universalmente aceptado que originalmente el Decán no formaba parte de la masa continental de Asia, sino que representa la porción remanente de un continente ya perdido en las profundidades del océano, extendiéndose desde Malasia a Borneo, Sumatra, Java, las Célebes y las Filipinas. Se dice que los Himalayas habrían surgido en un pe-

riodo posterior, y que la unión entre las descomunales formaciones geológicas y el Decán mediante las grandes planicies debió de haberse originado en los sedimentos de los inmensos ríos que descendían de aquellas montañas.

Así pues, los pies de los hindúes, hijos de este país, y los de los viajeros procedentes del extranjero, no únicamente pisan sobre rocas y arena y barro, sino que también sus mentes se ven atraídas por la larga e imponente historia de una civilización que ha visto transcurrir varios siglos, y en lo íntimo de sus corazones pueden sentir aquí el roce de un enigma todavía más profundo, envuelto para siempre en el silencio de un pasado inescrutable.

Sin embargo, este silencio insondable no está muerto. Una y otra vez este misterio viviente da a luz grandes almas que *saben* algo, si no del secreto de este continente perdido sí del secreto de su espíritu, que es el secreto del hombre.

Aquí mismo, en esta región, apareció el gran Shankara. La opinión general es que vivió entre el año 788 y el 820 d.C. pero la tradición señala que vivía ya desde el año 200 a.C. Nació en Kaladi, en la costa occidental de Malabar.

Un maestro religioso igualmente famoso fue Ramanuja. En tanto que Shankara fue el gran lógico, Ramanuja era el gran intuicionista y recalca la importancia del aspecto teísta de los Upanishads. Nació en el año 1027 d.C., a pocos kilómetros al oeste de Madrás.

Mientras que la obra de Shankara consistió en la creación de la filosofía advaita-vedanta a partir de las ricas tradiciones religiosas existentes, la filosofía del "Uno sin segundo" o monismo, Ramanuja opuso a ésta la filosofía Visishtadvaita o monismo calificado.

La interpretación opuesta a Shankara fue expuesta

por Madhava, brahmán de Kanara, que nació en el año 1199 d.C. a unos 150 kilómetros al norte de Mangalore, y quien fue el creador y propagador del dualismo no calificado.

¿Por qué únicamente tres filósofos a lo largo de 400 años, hace ya tanto tiempo? ¿Qué hay de extraordinario en ello? Bueno, hubo muchos otros filósofos en cada siglo. Lo que queremos poner de manifiesto es que en la India la filosofía significa no solamente el pensamiento teórico y lógico de los eruditos, sino la religión viviente, la vida del alma. La enseñanza de estos tres famosos pensadores es lo que representa el espíritu viviente del hombre común de la calle o la oficina, de la mujer ante el pequeño santuario en su casa; aún hasta nuestros días. Es algo que no sólo está en sus mentes sino en su sangre y en su vida, porque es el secreto del Decán: la tierra perdida en el mar.

De manera particular es también el secreto de Arunachala, la Colina de la Luz. En la lengua de los Puranas es El Corazón del Mundo, y la antigua leyenda de sus orígenes dice así:

Brahma, Señor de la creación, y Vishnú, el divino sustentador, reñían acerca de su rango, de cuál de ellos era superior. A medida que su discusión se volvía más acalorada, todo en el universo comenzó a desordenarse y las deidades menores fueron presa del temor y la angustia. Finalmente, recurrieron al Señor Shiva, el Todopoderoso, en busca de su ayuda. En medio de los dioses que discutían apareció de improviso una gigantesca columna de luz, ante cuya presencia quedaron mudos de asombro por un momento. Una misteriosa voz salió de aquella luz:

“Aquel que logre encontrar mi extremo superior o inferior será considerado como el más grande”.

De inmediato ambos antagonistas pusieron manos a la obra. Vishnú tomó la forma de un jabalí y comenzó a cavar, penetrando en la tierra en busca del extremo inferior de la columna de luz. Brahma se transformó en cisne y se remontó a las alturas.

Ninguno de ellos logró alcanzar el extremo de la aparición. Vishnú, imaginando que la misteriosa voz podría tener un significado oculto, renunció a su empeño y se sentó, tratando de descubrirlo en las profundidades de la meditación.

Brahma, perturbado por la idea de que Vishnú hubiera podido triunfar, lo envidiaba. En ese preciso instante, una flor celestial venía cayendo, Brahma la atrapó y decidió entonces que diría que la había encontrado en la punta de la mágica columna de luz.

Engañado de esta manera, Vishnú se quejaba ante el Señor Shiva preguntándole por qué había concedido a Brahma la gracia del triunfo. Acto seguido, Shiva se reveló mostrándose como la columna de luz y, bendiciéndolos a ambos, dijo:

“Yo soy Shiva, Yo soy Brahman, el misterio del universo, y con ellos, Atman, el misterio de los seres. Nadie puede alcanzarme por su propio esfuerzo, pero a quienes se someten a mí incondicionalmente, a ellos me revelo. Me piden que permanezca en la tierra para ser adorado. Y bien, aquí permaneceré en la forma de Arunachala, la Colina de la Luz, y cuando en el otoño la luna se levante en el horizonte a la misma hora en que el sol se oculte, brillará en su cumbre un inmenso fuego que resplandecerá en todas direcciones y a gran distancia. A quienes contemplen la Luz y mediten en ella como el símbolo de la iluminación les concederé la más alta verdad”.

Hay miles de leyendas y parábolas en la India que

al mismo tiempo revelan y ocultan la verdad viviente acerca de Dios, el hombre y el mundo. En esta leyenda de Arunachala, Brahma hace las veces de *budhi*, el intelecto; Vishnú representa el *ahamkara* o ego del hombre; Shiva es el Atman, el secreto de la verdadera naturaleza del hombre. Ni la razón ni el ego pueden con sus propios talentos alcanzar el Atman o Ser Supremo, la verdadera naturaleza del hombre; ellos deben someterse. Sólo entonces el Atman se nos revelará.

Ésta es la enseñanza que nos ofrece Arunachala... Shiva, la Colina del Alba, El Alba de la Sabiduría. Es también la enseñanza de Arunachala Ramana.

¿Quién es Sri Ramana, el Maharshi de Arunachala?

Otra voz del espíritu de la tierra, perdida en el mar, haciendo un llamado al espíritu del siglo XX.

Cuando alcanzó su independencia, la India subrayó sus intenciones de representar su parte en el concierto de las naciones como un estado secular igual a todos los demás, pero no proclamó ningún ideal teórico en particular. Más dotada que otros países, la India podía personificar sus intenciones nacionales en una Triple Estrella de grandes almas de la época: Swami Vivekananda, Mahatma Gandhi y Sri Aurobindo; cada uno de ellos como un faro para su país, que al mismo tiempo extendió su mano amiga al mundo entero.

Hagamos memoria. Swami Vivekananda sentó las bases de lo que sería la primera organización nacional para el mejoramiento social de las clases afligidas de la India y exponiendo, simultáneamente, la riqueza de la herencia espiritual de su país ante las naciones más allá de sus fronteras; riqueza que en aquel entonces era prácticamente desconocida fuera de la India.

Mahatma Gandhi entregó a su atormentado país natal el invaluable tesoro de la independencia nacional

valiéndose de la proclamación de la idea de la no violencia, viviendo como una personalidad del más alto nivel humano, para que el mundo se inclinara ante él y lo venerara, mientras él ponía su propia vida al servicio de su pueblo.

Sri Aurobindo, quien finalmente se retiró para pasar la mayor parte de su vida en Pondicherry, en el sur, también tomó parte activa en la lucha por la liberación nacional antes de ocupar su lugar al lado de los otros dos; sitio sobresaliente que le ganaron su *Maha-yoga* y su inmensa obra literaria en la que predicó una vida divina sobre la Tierra como meta de la evolución humana. ¡Una noble visión, sin duda!

La preciosa herencia de Gandhi y de Swami Vivekananda están presentes por doquier en la India actual y conforman su vida y su sangre, por así decirlo. La luz de la triple estrella de esas grandes almas es sin duda un símbolo nacional tan digno como significativo y abarca todo el subcontinente... la misteriosa tierra perdida en el mar, como un triángulo invisible extendido de noreste a noroeste y hacia el lejano sur.

Pero durante la época de aquella lucha heroica y espectacular, cuando aquellas grandes almas hacían *tapas* (austeridades) y ofrecían sus propias vidas a manera de *yajna* (sacrificio) por el bien de todos aquellos que nada podían hacer por sí mismos, el espíritu de las profundidades ocultas ya había encarnado silenciosamente en otra gran alma.

Cuando la carrera política de Mahatma Gandhi se iniciara como tal, con la fundación del Congreso Nacional Hindú, a instancia suya y con su participación activa en Durbán en mayo de 1894, cuando Swami Vivekananda vivió su maravilloso éxito en el Congreso Mundial de Religiones celebrado en Chicago, en 1893,

el niño Venkataraman, que más tarde se convertiría en Maharshi Ramana, era todavía un estudiante, más dado a los juegos que a las matemáticas y a la gramática inglesa. Cuando, a su regreso en 1897, Gandhi dio comienzo a su recorrido triunfal en la misma región del sur de la India y en una de sus conferencias profetizó que esa región del país tomaría la delantera en lo que hace a la regeneración espiritual del mundo, y que en el siglo XX se levantaría en el sur de la India un caudal de fuerza átmica que inundaría no sólo toda la India sino del mundo entero, aquel mismo muchacho, Venkataraman, que por entonces tenía diecisiete años, ya había abandonado la escuela, el hogar, su familia, su pasado y futuro, su nombre y su propia persona y vivía perdido en el insondable silencio de Arunachala, el sacratísimo *lingam* de Shiva y en contemplación de la Gran Experiencia que lo había conducido hasta allí.

Nunca dejó su suelo natal para predicar al mundo la sabiduría milenaria de su raza, como lo hiciera Vivekananda. No luchó por la independencia política como Gandhi; ni aun soñó con una futura vida divina en la Tierra como Aurobindo; siguió un sendero muy diferente.

Aquellos tres grandes serán para siempre la Estrella Triple, dedicaron sus vidas al mejoramiento de los millones de personas que forman su pueblo. Él permaneció entre nosotros como la estrella solitaria, viviendo la vida de la verdadera naturaleza del hombre, siendo un ejemplo silencioso para cada individuo que siente la agonía de esta era, cuando el hombre parece haber olvidado su verdadera naturaleza. Él queda entre nosotros como la estrella solitaria de Arunachala, señalando siempre en la misma dirección, como lo hace la estrella polar, guiando a cada individuo y, en consecuencia, a la humanidad toda, hacia su más alto destino.

EL SABIO

BIEN SABEMOS, al menos aquellos de nosotros a quienes nos interesa, que los sabios y los santos no pueden ser comprendidos a través del estudio de su vida exterior, porque la sabiduría y la santidad no se relacionan con la persona mediante el nombre y la forma ni con la familia ni con las circunstancias, no obstante lo cual, estemos o no concientes de ello, buscamos con interés ciertos vestigios en las historias referentes a la vida externa de estos raros individuos.

La niñez de Ramana Maharshi fue tan "normal" como pudo haber sido; como si ya desde entonces, desde el comienzo, se nos tuviera que recordar la verdad básica de que *"el jñani no es la persona que está ante nosotros, sino la Realidad"*.

Habiendo nacido hace ya más de un siglo, el 30 de diciembre de 1879, segundo hijo de una familia brahmánica de clase media, el niño, que se llamaba Venkataraman, no daba muestras del menor signo de espiritualidad o de piedad extraordinarias, si bien en ocasiones había avisos de éstas en su sueño extraordinariamente profundo. Pero la mayoría de los niños saludables pueden ser llevados de un sitio a otro sin despertarlos. Su capacidad de aprendizaje estaba por encima de lo normal, pero su interés y su dedicación por el estudio estaban por debajo de lo habitual. Definitivamente, prefería los juegos al aire libre.

Cuando tenía 12 años perdió a su padre. Él y su hermano mayor tuvieron que abandonar Tiruchuzhi, su lugar de nacimiento, para ir a vivir con unos parientes en Madurai. Allí fue donde ocurrió el acontecimiento para el cual había nacido y que nada tenía que ver con su pasado o con su medio. Dos incidentes que acon-

tecieron a manera de presagios, no fueron considerados como algo fuera de lo común.

Cierto día, el joven Venkatáraman conoció a un anciano pariente suyo que regresaba de un viaje. Al preguntarle de dónde venía, éste respondió:

“De Arunachala”.

El muchacho conocía aquel nombre, como lo conoce cualquier hindú del sur. Sin embargo, sintió un estremecimiento porque desde su infancia había tenido la impresión de que Arunachala era algo indescriptiblemente grande. Lleno de emoción, le preguntó:

“¿En dónde queda eso?”

El viajero, algo sorprendido por la repentina agitación del joven, le contestó:

“¡Cómo! ¿No sabes que Arunachala está en Tiruvanamalai?” Tiruvanamalai es el pueblo que está al pie de la montaña.

Naturalmente que lo sabía, y cuando se lo recordaron se tranquilizó su extraña emoción. Aquel pequeño incidente pronto habría de olvidarse.

Aquellos de nuestros lectores que crean en las coincidencias más que en las redes del karma, no quedarán muy impresionados por aquel encuentro y menos aún al enterarse de que el muchacho, poco tiempo después, habría de toparse con el Periyapuram, que nunca había visto hasta entonces. Leyó las historias de los 63 santos saivitas de Tamil Nadu, que despertaron una profunda devoción en su joven corazón. Nunca había visto nada parecido en el transcurso de su vida diaria; levantarse, comer, ir a la escuela, jugar, dormir. La vida de una familia hindú ordinaria está regulada por la ejecución de determinados ritos cotidianos y de algunos otros en determinadas ocasiones especiales. Hay historias de dioses y de demonios, de héroes y de ascetas;

pero ésas eran historias antiguas, de aquellas que se disfrutaban cuando se escuchan y que pronto se olvidan. Repentinamente, los santos del Periyapuram eran seres vivos en un mundo viviente diferente al de él mismo.

Dentro del joven despertaba algo que había estado dormido.

Sin embargo, aun esto pronto habría de volver a dormirse. Para un muchacho, así como también para un adulto, la influencia habitual de la vida diaria es mucho más fuerte, más "real" que la realidad del más allá.

No obstante, sólo unas cuantas semanas después, cierto día del mes de julio de 1896, el joven se encontraba sentado frente a sus libros en actitud de indiferencia. Su apatía se vio intempestivamente abatida y anulada por la alarmante presencia del miedo a la muerte. No se trataba de una interpretación mental de algo que pudiera sentir vagamente; por el contrario, era algo tan intenso y tan "real" que no pensó en oponer resistencia o en pedir ayuda. Sabía, simplemente, que debía aceptarlo.

Muchos años más tarde Maharshi comentaba aquel suceso con uno de sus discípulos:

"El terrible impacto del miedo a la muerte hizo que mi mente se dirigiera hacia adentro y me dije mentalmente, sin que siquiera las palabras tomaran forma: «Ya llega la muerte, y esto ¿qué significa? ¿Qué es lo que se está muriendo? Es el cuerpo lo que se muere». Y comencé entonces a representar el acontecimiento de mi muerte. Me tendí con las piernas y los brazos rígidos, como si el *rigor mortis* hubiera hecho presa de un cuerpo yerto, con el objeto de hacer más real mi investigación. Contuve la respiración y apreté los labios para que de ellos no escapara ningún sonido, para

que no pudiera pronunciar ni la palabra “yo” ni ninguna otra. «Y bien —me dije—, este cuerpo ha muerto. Rígido será llevado al campo crematorio y allí arderá y será reducido a cenizas. Pero al morir este cuerpo, ¿muero yo? ¿soy yo el cuerpo? El cuerpo está inerte y en silencio, pero puedo sentir toda la fuerza de mi personalidad e inclusive la voz del Yo dentro de mí, como algo aparte del cuerpo. Así que soy espíritu, trascendiendo el cuerpo. El cuerpo muere, pero el espíritu que lo trasciende no puede ser alcanzado por la muerte, lo cual significa que soy el espíritu inmortal». Toda esta consideración no fue una idea vana; destelló en mi interior con toda su realidad, como una verdad viviente que percibí en forma directa, casi sin ningún proceso de pensamiento. El Yo era algo tan real, lo único real en mí en ese momento, y toda la actividad conciente relacionada con mi cuerpo se centraba en aquel Yo. A partir de aquel momento, el Yo, o el Ser, atraía toda la atención sobre sí mismo con intensa satisfacción. El temor a la muerte se había desvanecido de una vez por todas. La absorción en el Ser continuó ininterrumpidamente a partir de ese instante. Podría haber otros pensamientos que vinieran y luego se fueran, como notas musicales, pero el Yo permanecía como la nota *sruti* fundamental subyacente en todas las notas y mezclándose con todas ellas. No importaba que el cuerpo hablara, leyera, o hiciera cualquier otra cosa, yo seguía centrado en el Yo. Antes de aquella crisis no había tenido una percepción clara de mi Ser, y nunca me había sentido atraído hacia él de manera conciente. Nunca sentí interés de percibirlo directamente, ni mucho menos alguna inclinación de permanecer constantemente en él”.

Si bien esta narración se apega a lo que ocurrió,

puede dejar al lector un tanto desilusionado, porque más bien podría parecerle como una interpretación de algo que está más allá de la mente, la cual es precisamente el medio de interpretación. Así podemos dejarlo. El punto medular de la Gran Experiencia es impresionante y suficientemente claro: *es una revelación de la verdadera identidad.*

El joven Venkataraman de ninguna manera estaba preparado para una experiencia de esta índole. No sabía prácticamente nada acerca del misticismo, o acerca de ideas o conceptos religiosos. Así pues, no hubo ninguna visión que interfiriera con su experiencia, ni deidades, ni nada que pudiera servirle como base para alguna interpretación. Toda su conciencia estaba enfocada en el hecho, único y puro, de aquel incidente: la nítida revelación de su verdadera identidad.

Sin embargo, existe otra narración de Sri Ramana acerca de ese extraño momento, la cual encontramos en el diario de un devoto muy apegado a él, Deva-raja Mudaliar. Hizo la anotación con la fecha del 22 de noviembre de 1945:

“Al acostarme tensando los miembros, y mientras representaba mentalmente la escena de la muerte, comprendía que el cuerpo sería llevado para su cremación y sin embargo el Yo seguiría viviendo, y mientras esto ocurría *una fuerza, llamémosla átmica o de cualquier otra forma, brotó en mi interior y se posesionó de mí.* Había renacido y me había convertido en un hombre nuevo”.

Aquí se hace mención a otro aspecto, más importante, de aquél gran acontecimiento: “Una fuerza brotó en el interior y se posesionó” del experimentador.

Muchos místicos de todas las latitudes y en todas las épocas han tenido esta misma extraordinaria experien-

cia de Venkataraman, pero para todos ellos se presentó como una experiencia religiosa causada, reconocida e interpretada de acuerdo con ciertos conceptos religiosos preconcebidos. Venkataraman no conocía nada semejante. Así pues, parece que en su experiencia tenemos no otra “variante” de la experiencia mística sino la forma original, “absoluta”, de toda revelación de esta índole, sin los matices de ningún complemento psicológico personal.

Podemos dudar y preguntarnos cómo es que algo tan raro y tan fuera de lo común pudo haberle ocurrido a un estudiante “normal” como Venkataraman. Aunque el hecho en sí mismo pueda ser extraordinario, no necesariamente tiene que ser un milagro. El milagro está en el muchacho mismo: consiste en el hecho de que haya podido observar y reconocer de manera casi científica lo que estaba ocurriendo y de permanecer para siempre en aquella nueva dimensión de conciencia que se había abierto por sí misma ante él en esta Gran Experiencia.

Un intento por comprender este acontecimiento primordial de la vida de Arunachala Ramana aquí y ahora, sería sumamente difícil porque por el momento no tenemos ninguna experiencia propia con la cual compararla. Tal vez más tarde averigüemos algo y entonces daremos nuestra opinión al respecto.

Sería de esperarse que el joven Venkataraman hubiera comentado su extraña “experiencia de la muerte” con sus mayores. Debe de haber pensado que no disponía de palabras suficientes para expresar la *realidad* de aquel acontecimiento. Pero aquéllos pronto descubrirían que el muchacho había dejado de ser el mismo de antes. Vieron que trataba de comportarse como se esperaba de él, pero los resultados eran pobres. Al

parecer era indiferente a todo alimento que le ponían enfrente; tanto a lo agradable como a lo desagradable. Evitaba a sus compañeros de juegos. Se entregaba silenciosamente a sus deberes y era evidente que había perdido hasta el pequeño grado de atención que hasta entonces le había dedicado a sus estudios. Sus familiares y maestros se alarmaron. Su hermano mayor trataba de bromear con él llamándolo “Yogiraj” y cosas por el estilo. Cierta día, cuando había hecho los libros a un lado y se disponía a perderse en la meditación, su hermano mayor lo interrumpió diciendo:

“Me preguntó qué tiene que ver alguien como tú con la escuela, los libros y todo eso...”.

Venkataraman poco se había preocupado en los últimos días por los intentos que su hermano hacía por corregirlo, pero aquel comentario dio en el blanco. ¿Y acaso su hermano no tendría razón? Estudios, maestros, libros... ¿qué significaba todo eso para él, después de aquello por lo que había pasado? Y entonces, como un relámpago, una idea brilló en su mente: “Arunachala”.

Abrió los ojos, recogió sus libros y, preparándose para salir de la habitación, dijo: “Tengo que ir a una clase de física”.

“Entonces llévate cinco rupias y por favor paga mi colegiatura”.

Aquellas cinco rupias jamás llegaron a la escuela. Venkataraman tomó el dinero necesario para el pasaje de ferrocarril, se subió inmediatamente en un tren y desapareció.

Al amanecer del primer día de septiembre de 1896 entró en el gran templo de Arunachaleswara y se detuvo frente al sacratísimo *Lingam*.

A partir de entonces se perdió en una permanente

y silenciosa contemplación de su nueva identidad. Al principio en varios lugares relacionados con el templo y más tarde en las cuevas de la montaña.

Así como su vida anterior a la Gran Experiencia había sido la de un estudiante "ordinario", tal parecería que su nueva vida sería la de un *sadhu* "ordinario"... conocido por sus características típicas: el taparrabo, un cierto nombre, a veces un voto de silencio.

En el caso del joven *brahmana swami* de la montaña cada uno de estos signos externos habría conducido a falsas interpretaciones. De acuerdo con la sociedad hindú, hasta un *sadhu* que ha abandonado su antigua posición social lo único que ha hecho es cambiarla por otra categoría, la del *sadhu* tradicional.

Durante algunos años el joven *swami* de la montaña no habló. La gente suponía que estaba observando *mouna* (silencio), pero detrás de su silencio no había ninguna motivación, no había austeridad de ninguna índole. Sencillamente pensaba que no había ningún motivo para hablar y consideraba que no valía la pena contestar a las preguntas curiosas de los visitantes que inquirían acerca de su nombre, su familia y su origen.

Por regla general, un auténtico *sadhu* adopta su nueva vida después de una iniciación, especialmente si es un brahmín por nacimiento. El *swami* de la montaña nunca pensó en eso. Cierta día un miembro de una de las órdenes de *sanyasines* le rogó que, ya que había nacido brahmín, respetara las reglas de antaño y se iniciara en el *sanyasa*, como estaba escrito. El joven asceta se mantuvo en su silencio y el *sanyasin* lo dejó para que reflexionara el asunto, prometiéndole que regresaría para saber su decisión.

Antes que él un anciano había pasado por la cueva y le había dejado unos libros, diciéndole que los recogería a su regreso. El joven *sadhu* tomó uno de los libros y le echó una mirada. Se abrió en una página en la que se leía la antigua promesa del Señor Shiva: "Quienquiera que viva en un círculo de tres *joyanas* alrededor de esta montaña podrá estar seguro de alcanzar la liberación aun en ausencia de la iniciación".

Cuando regresó el *sanvasin*, el joven ermitaño le mostró aquellas líneas, contra las cuales el que lo reprendiera ya no tuvo nada que decir.

Tiempo después un famoso poeta, que era además un reconocido gurú, llegó a ver al joven Swami sin nombre de renunciante que vivía en la Montaña. Le confesó tener un cierto problema espiritual y recibió una respuesta que lo dejó totalmente satisfecho. En su entusiasmo, ahí mismo compuso un poema en sánscrito para el joven sabio, en el que lo llamaba Ramana. Y les ordenó a sus discípulos que de ahí en adelante se dirigieran a él llamándolo "Maharshi". Fue así como el Swami sin nombre de la montaña recibió el nombre que lo haría famoso en todo el mundo.

Pero él mismo, una vez habiendo abandonado el nombre que usara en su niñez, no volvió a usar ningún nombre, ni siquiera para firmar algún documento legal.

Un nombre representa a una persona, y él no era la persona. No perteneciendo a ninguna casta ni a ningún *asrama* (etapa de la vida), era un *atiasrami*, más allá de cualquier clasificación.

Él era *Satchitananda*: Bienaventuranza de la Conciencia del Ser.

Ramana Maharshi vivió 54 años a la sombra de Arunachala. La primera mitad de ellos los pasó en sus cuevas, la segunda en un *ashram* al pie de la montaña,

que se había formado alrededor del *samadhi* de su madre. Escribió algunos breves tratados, siendo su obra principal: *Ulladu Narpadu*, cuarenta estrofas sobre *Aquelto* que *Es*; *Upadesa Saram*, esencia de la instrucción, y cinco himnos a Arunachala. Tradujo también algunos textos que consideraba importantes y útiles para quienes seguían sus consejos. Durante varios años se fue llevando un registro de las conversaciones que sostenía con los visitantes, y éstas nos ofrecen el mejor de los comentarios acerca de las enseñanzas concentradas de sus escritos.

Pero aun cuando en sus enseñanzas no haya nada que no podamos encontrar de las escrituras, él no enseñaba la sabiduría de los antiguos *rishis*, ni tampoco le hacía falta para dar testimonio de su propia verdad. Su enseñanza intentaba transmitir la verdad a quienes la buscaban, como él la había descubierto en su gran experiencia, dando así testimonio de la verdad y dando valor a las escrituras.

Como esta experiencia, por su propia naturaleza, evade la posibilidad de ser atrapada en las redes del lenguaje, él consideraba que su enseñanza más efectiva era el Silencio. Ya que el Silencio no es sólo la verdadera naturaleza, sino también el verdadero "lenguaje" del Atman, el misterio del hombre.

Sin embargo, para que haya transmisión debe haber un receptor sintonizado en la misma longitud de onda. Así pues, sus enseñanzas orales —cuya esencia se presenta en las siguientes páginas— tienen como propósito inicial preparar al alma que busca para su iniciación en el Silencio de su verdadera identidad.

El maestro llegó en su momento propicio; se fue cuando su labor estuvo concluida.

Ese instrumento, rescatado por el espíritu de la antigua tierra perdida en el mar para hacer un llamado al hombre del siglo XX, dejó de existir el 14 de abril de 1950, destruido por un sarcoma incurable. En ese momento un reluciente meteoro se alzó en el Oriente, subió lentamente hasta el cenit y desapareció detrás de la montaña sagrada.

La Estrella Solitaria de Arunachala se había ido, pero nos dejó su voz... y su silencio.

II

CAZANDO AL YO

“¿Cuál es el beneficio de la autorrealización?” “¿Por qué no conformarnos con nuestro estado actual? Es evidente que usted no está satisfecho con su estado actual. Esta inconformidad llegará a su fin con la realización del Ser”.

(*Talks*, 487)

INVESTIGACIÓN

¿ES USTED feliz?

Si para contestar pregunta usted: “¿Qué es la felicidad?”, esto significa que usted ya se ha dado cuenta de que lo que usted llama felicidad es tan frágil, tan pasajero, tan breve...

Pero, ¿podría ser que lo que tengamos en mente no sea la felicidad sino nada más el placer?

“Placer” tiene el significado de la satisfacción de un deseo o la supresión de algo desagradable. Pero la experiencia nos enseña que una vez que un deseo ha sido satisfecho surgirán otros dos y que tan pronto se ha eliminado algo desagradable se nos volverá a presentar otra situación parecida, obstaculizando nuestras intenciones de disfrutar de la vida. Una y otra vez tratamos de cambiar las circunstancias y las condiciones que nos rodean. ¿No es nuestro derecho natural el ser felices?

Sí lo es.

Entonces, ¿por qué tenemos que esforzarnos y luchar, y aun así no lo logramos?

Por un solo error de nuestra parte: no nos conocemos debidamente; y por causa de este mismo error todo lo demás se hecha a perder. Tampoco sabemos qué es la felicidad.

La verdadera felicidad no requiere de esfuerzo ni de empeño, ni de una razón o una causa, es algo inherente al verdadero Yo. Sin embargo, tanto usted como yo vivimos en un “yo” equivocado, por así decirlo. Ése

es el error que debemos erradicar antes de poder reclamar nuestra herencia: la verdadera felicidad.

Así lo asegura Ramana, el *Maharshi*. Y nos aconseja sumergirnos en la profundidad de nosotros mismos preguntándonos: “¿Quién soy yo?”

No espere usted una respuesta. No existe ninguna, porque toda respuesta posible que surja en nuestra mente será incorrecta. Sin embargo, nos promete que un día, siempre y cuando nuestra perseverancia y paciencia nos mantengan en el sendero, surgirá el Yo verdadero: la identidad de la Gran Experiencia, y junto con él, la verdadera felicidad, *Satchitananda*, la Bienaventuranza de la Conciencia del Ser.

Alguien preguntó a Sri Ramana:

“Al comenzar esta investigación, ¿quién la está haciendo?”

Sri Ramana contestó: “El Ser no hace *vichara*. El que hace la investigación es el ego. El “yo”, objeto de la investigación, también es el ego. Como resultado de la investigación, el ego deja de existir y lo único que queda es el Ser”. (*Day by Day*, 21-11-45).

Pero hay personas que se sienten incapaces de atacar la equivocada idea de sí mismos de manera inmediata. Quieren que primero se les muestre un método intelectual. También puede haber otros que ni siquiera sepan cómo “ir hacia el interior”. A ellos recomendamos que primero observen más de cerca su propia “persona”, a lo que ellos se refieren como “yo”.

Decimos “yo siento, yo camino”, suponiendo, evidentemente, que el cuerpo es el “yo”, porque es el cuerpo el que se siente y el que camina.

Pero, ¿no decimos también “yo pienso, yo creo, yo decido”, etcétera? ¡Nos parece que este “yo” se asemeja más a la naturaleza de la mente pensante!

¿Y qué decir de estar contento o triste, jubiloso o deprimido? ¿Los sentimientos no implican una cierta clase de “yo”? Y en algunas otras ocasiones surge un “yo” que intenta hacer algo; planear, diseñar. . . ¿un “yo” que parece ser pura voluntad?

La conclusión parece ser: “yo” significa todos estos juntos en mi cuerpo-mente-persona.

¿Mi? ¿De quién? Examinando estos “yoes” con absoluta franqueza, nos damos cuenta de que este cuerpo-mente-persona tampoco es el Yo, sino algo “mío”. Pero, ¿de quién? En este caso, ¿en dónde está el Yo?

¿Un extraño capricho del lenguaje?

Consideremos el cuerpo. No puede ser el Yo, porque todos se refieren a “su” cuerpo. Además, el cuerpo nace sin haber consultado antes con su Yo y ha de morir sin consultar con su Yo si es que está de acuerdo o no. Y entre el nacimiento y la muerte vive hasta que llegue su hora sin tomar en cuenta para nada a su Yo; un mero fenómeno biológico, un producto de este planeta, y parece ser bastante presuntuoso incluso decir “mi” cuerpo. Lo que es más, “mi” cuerpo ni siquiera me obedece, a mí que soy su Yo.

¿Y mi mente pensante sí lo hace? La respuesta es: ¡No! ¡Todo lo contrario!

Nos parece así que pensar, sentir y desear son funciones del cuerpo, o, para ser más precisos, de su cerebro: un instrumento de reacciones biológicas que sirve al cuerpo adecuadamente sin que para tales fines necesite de un Yo.

Pero todavía parece haber un Yo, porque aún ahora, en este momento, estamos intensamente concientes de él, ¡cuando ya parece perder su último punto de apoyo!

¡Un momento!

Quédese muy tranquilo y observe. Este Yo no piensa

ni tampoco desea; no tiene cualidades, no es ni hombre ni mujer, no tiene ni cuerpo ni mente; no tiene ni rasgos de la "persona" que tenía usted en mente cuando hizo su anterior pregunta acerca del "yo". Es simplemente conciencia de sí mismo, conciencia de Yo soy. No de "soy esto" o "soy aquello", únicamente conciencia de... Yo soy.

Pero cuidado; no es que usted tenga conciencia de este Yo como un objeto, sino que ¡esta conciencia es su verdadero Yo!

Este estado de ser puro, Yo soy, es el primer atisbo del verdadero Yo, el Ser, que es por naturaleza Conciencia Pura.

Cuando su atención se agudiza, al mismo tiempo descubrirá que no hay ahora un "yo" falso y que nunca lo ha habido. Siempre ha sido el mismo Yo verdadero, sólo que su mente lo ha recubierto con la idea que ésta tiene acerca de su "persona".

Hay otras ocasiones en las que podemos experimentar este Yo puro, concientemente. Una de ellas es ese pequeñísimo instante que hay entre dos pensamientos, cuando la atención ha soltado un pensamiento pero todavía no se prende del siguiente. Pero como esto es algo que nunca hemos intentado, nuestra atención no está entrenada en ello y difícilmente tendremos éxito en nuestro empeño.

Tenemos más oportunidades de lograrlo entre el sueño y el despertar. Es muy importante intentarlo, si de verdad es usted serio en su intento de cazar al Yo. Debe hacer ciertos preparativos: por la noche, justo antes de dormirse, trate de conservar este último pensamiento: su intención de que en la mañana, al despertar, lo primero que hará será captar esta experiencia de su verdadero Yo.

Otra condición. Deberá tener cuidado de no despertarse bruscamente, como con un despertador, por ejemplo, y también de no lanzarse de inmediato a su diaria rutina. Al momento de despertar no se mueva, no se agite, recuerde su propósito de la noche anterior.

Lo logrará después de unos cuantos intentos. Y lo que es posible una vez, aunque sea por un momento, se puede prolongar con la práctica.

Este experimento le ofrece la ventaja de que ahora sabe cuál es la finalidad de sus esfuerzos. Le servirá en la expansión de su *sadhana* como la levadura a la harina.

Ramana Maharshi llamó a esto el Yo transicional, enfatizando la importancia de repetir esta experiencia una y otra vez.

“El pensamiento del “yo” es sólo un “yo” limitado. El verdadero Yo es ilimitado, universal, más allá del tiempo y del espacio. Éstos están ausentes durante el sueño profundo. Al momento de despertar y antes de ver el mundo objetivo, hay un estado de conciencia que es el Ser puro. Debemos experimentarlo” (*Talks*, 311).

“El Ser es pura conciencia durante el sueño profundo, en la etapa de transición se desarrolla como un Yo sin el “esto”, y luego se manifiesta como “yo y esto”, durante la vigilia. La experiencia únicamente se da a través del Yo. De manera que se debe intentar la realización en la forma indicada (es decir, por medio del Yo transicional). Por otra parte, la experiencia del sueño no debe importarnos. Una vez realizado el Yo transicional, habremos hallado el trasfondo, y esto conduce a la Meta”. (*Talks*, 314).

“Los pensamientos o ideas del “yo” y el “esto” son ambos emanaciones de la misma Luz. Están relacio-

nados con *rajoguna* y *tamoguna*, respectivamente. A fin de que la Luz Reflejada (*satva* puro) esté libre de *rajas* y *tamas*, debe resplandecer como *Yo-Yo*, en forma ininterrumpida sin ideas de "esto". Este estado puro surge momentáneamente entre el sueño y la vigilia. Si se prolonga será conciencia cósmica. Éste es el único camino hacia la realización del Ser Supremo Refulgente por sí mismo" (*Talks*, 323).

"¿Por qué no realizamos ese *Yo* puro en este momento, o por qué ni siquiera lo recordamos? Debido a la falta de deseo de conocerlo. Se le puede reconocer sólo si se logra concientemente. Por lo tanto, debemos hacer el esfuerzo y alcanzarlo de manera conciente" (*Talks*, 314).

Este *Yo* transicional es un momento de pura conciencia, que sólo es conciente de sí misma como el *Yo*, Identidad pura en sí mismo. Prolongándolo mediante la práctica, se vuelve *turiya*, el "cuarto" de los estados normales de conciencia; siendo los otros tres: la vigilia, el sueño y el sueño profundo. El estado de vigilia es conciencia en movimiento, nutrida por las percepciones de los sentidos y por las actividades de la mente. En el sueño la conciencia también está en movimiento, a consecuencia de la creación de sueños que realiza la mente. Durante el sueño profundo la conciencia está en reposo, no hay pensamientos, no hay imágenes, no hay ninguna clase de actividad. Esto significa que es pura Conciencia. De modo que sería la Realización, si tan sólo pudiéramos saber cómo estar concientes de ello. Sin embargo, no podemos hacerlo; la conciencia del sueño profundo está cubierta por una sombra, por un embotamiento; pero como el *Yo* de transición puede salir de esta "inconciencia" en forma de conciencia pura de sí mismo, como se ha demostrado, pensamos

que debe de haber un puente entre el sueño profundo y el estado de vigilia.

Pero no lo hay, y no es necesario que lo haya. La realidad es que hay una sola conciencia subyacente en los tres estados de conciencia, la cual es su propia esencia y al mismo tiempo los trasciende. Esta esencia recibe el nombre de *turiya*, el “cuarto”, por su relación con los otros “tres estados”. Pero en cuanto a sí misma, le llamamos *turiyatita*, “más allá del cuarto”. Como *turiya* es la esencia de los otros tres estados, podemos concientizarnos del Yo transicional y al mismo tiempo llegar a comprender que *turiya* es nuestra verdadera naturaleza: Conciencia Pura, que nunca duerme ni despierta, que nunca nació y que nunca ha de morir.

“*Turiya* es sólo otro nombre del Ser. Los tres estados aparecen como fenómenos efímeros sobre él; de él emergen y en él vuelven a sumergirse. Estamos concientes de nuestro estado de vigilia, del sueño y del sueño profundo, y sin embargo no lo estamos de nuestro Yo. No obstante el Yo está siempre presente, es la única Realidad” (*Talks*, 353).

Alguien preguntó: “En un sentido relativo, ¿el estado de sueño profundo no está más cerca de la Conciencia Pura que el estado de vigilia?” A lo que Ramana Maharshi contestó: “Sí, en ese sentido. Al pasar del sueño a la vigilia empieza el pensamiento o nuestro concepto del “yo”. La mente entra en acción, surgen los pensamientos y luego comienzan a operar las funciones corporales. A todo esto es a lo que llamamos despertar. La ausencia de toda esta evolución es la característica del sueño profundo y, por lo tanto, está algo más próximo a la Conciencia Pura que el estado de vigilia”.

“Pero no por esto debemos desear estar siempre dormidos. En primer lugar, es imposible; porque el sueño

profundo necesariamente alterna con los otros estados. En segundo lugar éste no puede ser el estado de bienaventuranza en que está el *jñani*, porque su estado es permanente, no alterno. Además la gente no reconoce el estado de sueño profundo como un estado de conciencia pura, y en cambio el sabio siempre se halla en ese estado; de modo que el estado de sueño profundo difiere del estado en que se halla el sabio”.

“Más aún, en el estado de sueño profundo no hay pensamientos ni las impresiones que éstos causan en el individuo. Este estado no puede ser alterado por voluntad propia porque en esta condición todo esfuerzo es imposible. Aunque está más próximo a la Conciencia Pura, es inadecuado para hacer los esfuerzos que nos lleven a la realización del Ser.

“El incentivo para esta realización se presenta únicamente en el estado de vigilia y los esfuerzos solamente se pueden hacer cuando estamos despiertos. Nos damos cuenta de que los pensamientos del estado de vigilia forman el obstáculo para alcanzar la tranquilidad del sueño profundo; esta tranquilidad es el objetivo del buscador. Hasta un leve esfuerzo por calmar cuando menos un pensamiento, aunque sea por un instante, tendrá que andar un largo camino hasta alcanzar el estado de quietud. El esfuerzo es necesario y éste únicamente es posible en el estado de vigilia. Tenemos el esfuerzo, también tenemos conciencia, los pensamientos se han calmado, así que hemos logrado la paz del sueño. Éste es el estado del *jñani*; que no es ni sueño ni estar despierto sino algo intermedio entre los dos. Tenemos la lucidez conciente del estado de vigilia y la calma del sueño. Esto se llama *jagratsushupti*. Se le puede llamar sueño despierto o vigilia del sueño, o sueño sin sueños o vigilia sin vigilar... pero no es

lo mismo que el sueño ni la vigilia. Es el estado de una perfecta conciencia en sí combinada con una quietud perfecta" (*Talks*, 609).

Para llegar al *turiya* primero debemos examinar los otros tres estados. En el estado de vigilia percibimos, pensamos, distinguimos, elegimos, algo puede gustarnos o no gustarnos, deseamos y tememos, recordamos y anticipamos lo que puede ocurrir. . . todo esto girando en torno a un centro de percepción, un "yo", y todo aparentemente causado por los objetos externos. Al soñar experimentamos casi lo mismo, sin estímulos externos, todo el conjunto, causas y efectos creados por nuestra imaginación. Durante el sueño profundo no hay nada, o por lo menos no recordamos nada. Pero la Identidad no se anula; de ser así, quien se durmiera como Juan podría despertar siendo Pedro. ¿Cómo podemos transportar esta Identidad desde el sueño profundo hasta el estado de vigilia? ¿Cómo puede subsistir el Silencio profundo en medio del turbulento ruido?

Debemos ejercer nuestro control sobre ese mecanismo de funcionamiento biológico: el cerebro. Esto es algo que hacemos más o menos de manera automática durante el estado de vigilia.

Piense en su habitación o en su oficina. Cuando camina por ella "ve" los muebles, porque debe evitar tropezarse con ellos. Pero no los ve de manera conciente, la acción de percibirlos se suspende después de su etapa inicial.

En el caso de la música que sale de un radio o de algún otro aparato mientras estamos trabajando, ocurre algo similar. Oímos la música, pero no en forma conciente. El acto de escuchar se suspende luego de la primera etapa.

Supongamos que alguien le dice algo. No sólo lo oírás,

sino que lo escuchará atentamente para captar el significado de lo que le diga. Si usted no tiene interés, registrará en su memoria lo que le digan, o tal vez no lo haga, y seguirá con sus labores. Habrá percibido la situación pero sin que ésta haya dejado ninguna impresión en usted; su estado de tranquilidad de conciencia habrá permanecido inalterado. Suspende la atención después de la segunda etapa.

Esta actitud de reserva, de no involucrarse, debe mantenerse a lo largo del día y ponerse en práctica tan frecuentemente como sea posible. Porque al momento de percibir algo y reaccionar a ese estímulo, al estar interesados o emocionalmente involucrados, ya sea positiva o negativamente, habremos cubierto el Yo silencioso, neutral, puro, el testigo, con el "yo" personal, reactivo y agresivo.

Por consiguiente, el *sadhana* de la búsqueda del Yo incluye la práctica de la atención sobre nuestra propia percepción, con el propósito de suspenderla justamente antes de que comience la etapa de reacción. Practicando esta forma de desapego el buscador de la Verdad pronto llegará a un estado de conciencia pura que ya no es "percibir".

El concepto de "percibir" —según su significado habitual— está relacionado con la idea de "captar", es decir, de reaccionar; tenemos aquí un objeto y una acción en un tiempo y en un espacio. La conciencia pura no tiene un objeto y está más allá del tiempo y del espacio. Es la expresión más alta del estado de vigilia, sin las demás características de este estado.

He aquí una forma de llevar ese Silencio absoluto del sueño profundo a la conciencia pura, absoluta, del estado de vigilia. Sri Ramana Maharshi lo llamó sueño sin dormir, sueño despierto o vigilia del sueño.

MEDITACIÓN

Al estudiar las enseñanzas de Ramana Maharshi, ocasionalmente nos topamos con ciertos consejos que parecen contradecirse. Para descubrir el verdadero significado de estas aparentes incoherencias debemos tener siempre presente uno de los principios fundamentales del sabio: jamás se opuso a las prácticas espirituales personales de quienes iban a él, de cualquier forma externa que éstas fueran, pues sabía que el que es sincero en su búsqueda de la Verdad siempre está guiado desde el interior y sus preferencias por ciertas prácticas en particular no sólo indican el grado de su madurez espiritual sino que también, en la mayoría de los casos, resultan ser lo más adecuado para ese individuo. Nunca recomendó a ninguno de los que se acercaban a él que abandonara las prácticas que hasta entonces había observado; simplemente les indicaba, si era necesario, cómo hacerlas más efectivas.

Cuando hacía hincapié, una y otra vez, en la superioridad de la investigación en comparación con otros métodos, no lo hacía motivado por alguna clase de fanatismo, sino porque detrás de ello hay una razón muy importante, sólida e irrefutable: todos los otros métodos de *sadhana* requieren que conservemos el “yo” personal para practicarlos; la investigación (*vichara*) de este “yo” es el mejor método para eliminarlo.

La meditación, como una práctica de yoga que hoy en día es casi un juego de salón, ocupaba un lugar destacado entre los temas acerca de los cuales se interrogaba a Ramana Maharshi.

Sus respuestas, como siempre, se dirigen hacia el camino que ya hemos mencionado: cómo obtener de ella los mejores resultados.

El objetivo de la meditación es bien conocido: aquietar la intranquilidad de la mente, y también el método: fijar la atención en un pensamiento únicamente, hasta que finalmente también este pensamiento se desvanezca. La interpretación de Ramana Maharshi acerca de la meditación es diferente.

“La meditación es su estado natural... ya desde ahora. Usted lo llama meditación porque hay otros pensamientos que lo distraen. Cuando estos pensamientos se disipan, usted se queda solo, es decir, en el estado de meditación, sin pensamientos. Y ésta es su verdadera naturaleza, que usted intenta alcanzar manteniendo otros pensamientos a la distancia. Este mantener otros pensamientos lejos de nosotros es a lo que ahora se llama meditación. Cuando la práctica se hace firme, la auténtica naturaleza se nos muestra como la verdadera meditación” (*Talks*, 310).

Alguien expresó esta duda: “La meditación es con la mente. ¿Cómo se puede aniquilar la mente a fin de revelar el Ser?”

La respuesta sigue la tónica de la anterior: “La meditación es fijarnos en un pensamiento. Ese pensamiento único mantiene alejados a los otros pensamientos; las distracciones de la mente son síntomas de debilidad. Con la meditación constante va cobrando fuerza, es decir, esta debilidad caracterizada por un pensamiento errante cede su lugar a un fondo permanente libre de pensamientos. Esta vastedad vacía de pensamientos es el Yo. La mente en estado de pureza es el Yo” (*Talks*, 293).

Otra pregunta: “¿Debo meditar en Yo soy Brahman?” (“Yo soy Brahman” es una de las cuatro Grandes Declaraciones o *Mahavakyas* de los Upanishads).

“Este punto no implica que debamos pensar “Yo soy

Brahman"; "yo" es algo que todos conocemos. Brahman habita en todos nosotros como el "yo". Encontremos el Yo. El Yo ya es Brahman. No hace falta que lo pensemos. ¡Simplemente encuentren el Yo!" (*Talks*, 266).

La misma pregunta se presenta en repetidas ocasiones:

"Yo soy Brahman es solamente una idea, pero, ¿quién lo dice? No es el mismo Brahman quien lo dice. ¿Qué necesidad tendría Él de decirlo? Tampoco puede decirlo el verdadero Yo, porque el Yo tiene por esencia a Brahman. Decirlo es únicamente un pensamiento. ¿El pensamiento de quién? Todos los pensamientos son del "yo" irreal, es decir, de la idea que tenemos del "yo". Permanezcan sin pensar. En tanto haya pensamientos habrá temor" (*Talks*, 202).

Entonces, ¿en qué debemos pensar cuando meditamos?

"¿Qué es la meditación? Es expulsar los pensamientos. Se sienten perturbados por los pensamientos que brotan aprisa uno tras otro. Aférrense a un pensamiento para que los otros se vayan.

La práctica constante les dará la fuerza necesaria que la mente requiere para llevar a cabo la meditación.

La meditación difiere de acuerdo con el grado de avance del buscador. Si alguien es apto para la meditación, deberá proceder directamente a asir a aquel que piensa, al pensador, y éste se sumergirá en su propia fuente, es decir, en la Conciencia Pura. Si uno no puede sujetar directamente al pensador, deberá meditar en Dios, y a su debido tiempo se habrá vuelto lo suficientemente puro como para "agarrar" al que piensa y sumergirse en el Ser absoluto" (*Talks*, 453).

La consecuencia natural de esta contestación sería:

“¿Cuál es entonces la diferencia entre la meditación y la investigación?”

Y la respuesta:

“Ambas alcanzan el mismo fin. Los que no están capacitados para la investigación, deben meditar. En esta práctica, el aspirante, olvidándose de sí mismo, medita: “Yo soy Brahman”, o bien “Yo soy Shiva”, y así continúa, sosteniéndose de Brahman o de Shiva, lo cual, a la postre, lo conducirá a un estado remanente de ser Brahman o Shiva, el cual él realizará como el Ser Puro... el Yo”.

“Quien se ocupa de la investigación tiene por punto de partida su propia persona, y se pregunta: ¿quién soy yo? y el Yo se le revela” (*Talks*, 172).

Tenemos aquí una de las ya mencionadas “contradicciones”. Aunque aparentemente este método de investigación demerita la meditación, el mismo Ramana Maharshi recomendaba meditar en “Yo soy Brahman”. Pero al mismo tiempo su respuesta nos da la clave del método, nos muestra cómo convertir la meditación en autoinvestigación: “olvidándose de sí mismo...”.

La siguiente cita puede interpretarse como un resumen que hace Ramana Maharshi acerca de la técnica y el efecto de la meditación:

“Hallarse en el estado natural de uno mismo en el silencio que han dejado los pensamientos, eso es el éxtasis; si ese éxtasis es transitorio, si llega y se va... entonces es sólo la cubierta de la bienaventuranza (*anandamaya kosha*) y no el Ser puro. Lo que se necesita es fijar la atención en el Yo puro luego que todos los pensamientos se hayan aquietado, y permanecer asido a él. Hemos de decir que se trata de una idea extremadamente sutil; o que de hecho se trata de algo que no se puede describir, ya que hablamos

nada menos que del verdadero Ser. ¿Quién es aquel que puede hablar de él? ¿A quién y cómo?

Este sutil estado de la mente no es una de las modificaciones de la mente (llamadas *vrutti*), porque los estados mentales son de dos clases: uno es el estado natural y el otro una transmutación en la forma de los objetos. El primero es la Verdad y el otro existe en función del hacedor. Cuando el segundo deja de existir, el primero permanece.

El medio para alcanzar este fin es la meditación. Aunque la meditación se basa en la triada de diferenciación (el meditador, el objeto de la meditación y el proceso de la meditación misma), al final terminará siendo conciencia pura (*jñana*). La meditación requiere de esfuerzo; *jñana* es una condición sin esfuerzo. La meditación se puede hacer, o no hacerla, o hacerla mal; no así *jñana*. La meditación se describe como “algo perteneciente al hacedor”, *jñana* como “perteneciente al Supremo” (*Talks*, 624).

La única respuesta consecuente con su Gran Experiencia es:

“¿Quién es el meditador? Primero háganse esa pregunta. Permanezcan como el meditador. No hay necesidad de meditar” (*Talks*, 205).

Hasta ahora hemos considerado la meditación nada más como una técnica que tiene por objetivo controlar el proceso del pensamiento automático. Pero de acuerdo con Ramana Maharshi significa más que eso; es nuestra verdadera naturaleza. Sin embargo, no existe ninguna técnica especial que sea capaz de revelarnos nuestra verdadera naturaleza en tanto nuestro “yo” falso sea la fuerza motriz de nuestras acciones cotidianas.

En toda forma de práctica espiritual está presente este principio: “Los *sidhis* del sabio son el *sadhana* del

sadhaka”, lo cual significa que el buscador de la verdad debe moldear su propio comportamiento tomando como ejemplo el comportamiento del sabio a quien considera su guía o maestro. Por supuesto, no como el hipócrita que tan sólo finge, sino con el propósito de captar la actitud interior, la motivación del comportamiento del maestro. Nuestra forma actual de comportamiento es el resultado del egocentrismo de toda una vida, que ha penetrado en todos nuestros sentimientos, en nuestras ideas y nuestra forma de actuar, en lo que llamamos la mente. Para librarnos de ese egocentrismo no basta con que nos sentemos a meditar todos los días durante algún tiempo. Porque aun cuando la práctica nos haya permitido avanzar en esta técnica hasta cierto grado, y seamos capaces de aquietar nuestro proceso de pensamiento, esto no será más que un truco. La mente-ego se ha dado cuenta, por así decirlo, que insistimos en estar tranquilos y entonces se somete a ser “el meditador”. . . durante algún tiempo. Porque “sabe” muy bien que cuando el tiempo habitual de la meditación haya transcurrido, otra vez estará libre para vagar como de costumbre.

Si no nos decidimos a atacar al mortal enemigo a cada instante y en toda oportunidad de nuestra vida diaria, jamás nos libraremos de este fantasma al que inconcientemente hemos consentido durante tanto tiempo. Pero, ¿cuál es el medio para hacerlo?

Podemos analizarnos a nosotros mismos, descubrir nuestros errores y nuestras debilidades y tratar de corregirlos uno por uno. Es un proceso largo y por demás tedioso, y el resultado es más bien pobre. ¿Podremos esperar que nuestro enemigo, el yo fantasma, se suicide nada más por complacernos?

O bien podemos refugiarnos en el sabio Patanjali y

practicar las dos primeras etapas de su *Ashtanga Yoga*: *Yama* y *Niyama*.

Yama representa los cinco *Mahavratas* o “grandes votos” del autocontrol: no violencia, veracidad, honestidad, continencia y abstinencia. Y no deben ser considerados únicamente en su sentido aparente sino también en el sentido sutil. Así pues, la no violencia significa no causar ningún daño con el pensamiento, con la palabra o con los actos; veracidad es evitar no sólo las mentiras propiamente dichas sino también las exageraciones y las falsas impresiones que tratamos de hacer en los demás. Una verdad a medias es peor que una mentira completa. Por honestidad debemos entender no únicamente no robar; este concepto abarca también el no poseer las cosas en cantidades que excedan nuestras necesidades inmediatas y no permitírnos desear cosas que no necesitamos.

Brahmacharya no se limita a la continencia sexual en pensamiento, palabra y obra. Su verdadero significado es la búsqueda de Brahman; vivir únicamente en Brahman y sólo en él cifrar nuestra felicidad. Abstinencia significa estar libres no sólo de la codicia sino de todos los deseos.

Estos cinco *yamas* son absolutamente obligatorios para todo el que sigue el camino del yoga y son de gran importancia para quienes aspiran a obtener resultados en su práctica de la meditación.

Las *niyamas* son reglas de carácter positivo, porque nos hacen apegarnos al bien, mientras que los *yamas* hacen hincapié en la renunciación al mal. Las cinco *niyamas* son: pureza —exterior e interior—, contentamiento, *tapas* —relativa al cuerpo, a las palabras y a la mente—, estudio de las escrituras y entrega a Dios.

La práctica sincera de estas virtudes yóguicas segu-

ramente se traducirá, con el tiempo, en cierta superación, pero no aniquilará al enemigo, el “yo” personal, porque una vez más, es él quien las practica. Incluso podría suceder que se hiciera más fuerte, un “yo yóguico”, como veremos más adelante. Entonces, ¿qué podemos hacer?

Existe solamente una manera de vencer al fantasma... vigilarlo. No pelear con él, no resistirse. Tratar únicamente de observarlo tranquila pero incesantemente. En otras palabras, desarrollar una conciencia de ser el testigo, que no se involucra con las personas, las cosas y las situaciones externas y especialmente con uno mismo, en el interior. Esto significa llevarnos esa calma obtenida en la meditación para cubrir con ella todo el tiempo del día. Podremos percibirla claramente como una corriente de paz y desapego en el fondo de todos nuestros actos.

Naturalmente, tan pronto tengamos éxito el “yo fantasma” inmediatamente tratará de ocultarse en esta conciencia-testigo tras la forma del sentimiento “yo soy el testigo”. Una vez más, esto es sólo un pensamiento. Pero ser el testigo sin que haya ninguna conciencia del “yo” no es otra cosa que la mente pura en el umbral de la Realidad.

Al proseguir la transformación del “yo” personal en el “testigo” impersonal arrancamos de raíz todos los defectos, vicios y debilidades, nuestras pasiones y malos hábitos, porque la raíz de todo esto que tanto nos desagrada es precisamente ese “yo” personal. Tratemos de ponernos en el lugar de ese “testigo indiferente” al que nos hemos referido; veremos que en ese estado es imposible pensar o actuar en forma negativa, porque en ese estado estamos —aunque de manera momentánea— más allá del “yo” personal. Nuestro *sadhana*

consistirá en mantenernos permanentemente en el estado de "testigo desapegado" de todas y cada una de las cosas, incluyendo el "yo" personal; atentos siempre al momento en que quiera levantar la cabeza.

No puede sobrevivir en la silenciosa luz de saberse observado. Esta "vigilancia" pronto habrá de transformarse en Conciencia pura, conciente nada más de sí misma.

En palabras de Ramana Maharshi: "La Verdad es que el Yo es Conciencia constante e ininterrumpida" (*Talks*, 454).

Y en otro contexto: "La esencia de la mente es únicamente cognición o conciencia. Sin embargo, cuando el ego la domina funciona como la facultad de razonar, de pensar o de sentir. La mente cósmica, al no estar limitada por el ego, no tiene nada que la separe de sí misma y, en consecuencia, es sólo conciencia. Esto es a lo que se refiere la Biblia cuando dice: "Yo soy el que Soy" (*Talks*, 188).

OBSTÁCULOS Y TRAMPAS

Cazar al Yo significa tratar de vencer el único obstáculo que se interpone entre nosotros y el Despertar a la Verdad... pero ;cuántos rostros tiene!

Uno, que pronto se nos revelará como un enorme depósito de obstáculos, es el que llamamos mente; con sus cualidades principales: la inquietud y la ineptitud.

El remedio cardinal ya ha sido mencionado: desarrollar una actitud de observar con imparcialidad; observar cómo la inquietud de los pensamientos en su precipitado torrente se va calmando; reconocer, observar nuestra indolencia, y ésta desaparecerá.

El método sí funciona, pero en realidad no es más que atacar los síntomas, dejando la enfermedad intacta. Enfermedad que al parecer es la mente.

Observemos más de cerca. Tratemos de ubicar a este oponente dentro del panorama de la decisión más importante de nuestras vidas, la búsqueda del Yo. ¿Cuál es el papel de la mente en todo esto?

Ramana Maharshi nos dice:

“No hay tal entidad llamada mente. Debido a que los pensamientos brotan, suponemos que hay algo a partir de lo cual surgen. A ese algo le llamamos “mente”. Una vez que nos damos cuenta de lo que es, entonces ya no es nada. Una vez que se ha desvanecido, entonces la paz se establece eternamente” (*Talks*, 239).

Entonces los pensamientos, sentimientos y voluntad ¿se producen en el cerebro?

No. La ciencia ha dejado de aceptar esa hipótesis —que en un tiempo sostuvo— y ha declarado que el cerebro es únicamente un órgano de recepción y de reacción.

La sicología occidental nos habla de regiones subconcientes en el fondo de cada individuo, las cuales son el origen de una gran parte de lo que constituye lo que llamamos la mente; pero también acepta la existencia de un inmenso océano de conciencia colectiva, que contiene una infinita masa de conceptos y de ideas, impulsos sutiles y pasiones —buenos e impíos— y que incesantemente está transmitiendo toda suerte de señales que pueden ser captadas por todo aquel que esté sintonizado con ellas a manera de receptor. Esta hipótesis se ve aparentemente confirmada por el hecho de que ha habido grandes inventos e ideas revolucionarias como un producto simultáneo de diferentes cerebros.

La antigua tradición oriental se fijó únicamente en la aparente independencia de pensamientos, ideas, etcétera de cada persona pensante y desarrolló una intrincada teoría de sus “raíces”. . . impresiones pasadas latentes, tendencias ocultas y deseos reprimidos. . . y los llamó *vasanas*.

Como no tenemos acceso directo a las profundidades del subconciente, en donde se almacenan los *vasanas*, sólo podemos tratar los síntomas —por así llamarlos—, pensamientos e imágenes, conceptos e ideas que brotan llegando hasta nuestra conciencia. Y será suficiente con que los tratemos en la forma ya mencionada; observándolos tranquilamente mientras emergen y desaparecen por sí mismos.

La meditación sin un objeto causará que aparezcan más de ellos que durante el habitual estado de vigilia. Los *vasanas* de las profundidades de una inconciencia no alcanzada incluso por la meditación se aplacarán con los sueños. Parece ser que el propósito explícito del estado de sueño es el de hacerse cargo de los *vasanas* inaccesibles haciéndolos inofensivos. No debe-

mos preocuparnos por ellos como obstáculos en nuestro *sadhana*; atacar sus "brotes" en el instante en que aparezcan será suficiente para inutilizarlos; después de todo, únicamente se pegan al "yo" personal; cuando éste desaparece durante la búsqueda del Yo, éstos también se disuelven de una vez por todas.

Tratando de descubrir otros obstáculos nos encontramos con otro que puede ocasionarnos grandes dificultades: nuestros cambios de carácter.

Sabemos muy bien que, para nuestra desgracia, nuestro estado de ánimo cambia. En ocasiones estamos inquietos o a punto de estallar, a veces sentimos pereza o somos víctimas de la depresión y otras veces parece que fuéramos la viva imagen de la armonía, de la paz y de la felicidad. Por supuesto, siempre parece haber una razón para ello pero ésta es una idea equivocada. Porque en relación a este cambio en el estado de ánimo, somos simplemente un fenómeno biológico, un organismo que sencillamente reacciona a alguna influencia cósmica.

El concepto occidental de la creación sigue la secuencia de nacimiento, evolución, decadencia y destrucción, en tanto que los pensadores de la India antigua no aceptaban una creación que tuviera su origen en la nada. La nada permanece siendo siempre la nada; de la nada no puede salir algo. De manera que prefirieron la teoría de un ciclo eterno de un universo que alterna de manifiesto a no manifiesto.

Satva, que corresponde a la luz, la paz y la armonía, *rajas*, que comunica calor, movimiento, pasión e ira, y *tamas*, pereza, ignorancia, estancamiento y depresión, son los tres *gunas* (cualidades) de la naturaleza, los cuales están en un perfecto equilibrio uno con otro durante todas las eras que dura el periodo no mani-

festado del universo latente. Su manifestación en otro periodo de actividad comienza con una perturbación en el equilibrio de los tres *gunas* y es por ellos que se mantiene en movimiento.

Ellos son la causa del ritmo con el que oscila el universo y no existe absolutamente nada que escape a su influencia. Más allá de los *gunas* no existe otra cosa que la Conciencia Absoluta, porque ella está más allá de la naturaleza.

No pedimos al lector occidental que acepte todas y cada una de las teorías orientales acerca de Dios, el hombre y el mundo sin una actitud crítica, simplemente porque son orientales. Lo que sí le pedimos, en este caso, es que examine el concepto de los tres *gunas* aplicado a sí mismo y pronto quedará convencido de su validez, al menos como una hipótesis de trabajo.

¿No es cierto que todos nosotros alguna vez nos hemos despertado sintiéndonos verdaderamente felices... o absolutamente desgraciados, sin que tengamos ninguna razón en particular? ¿Y no es verdad que otras veces nos damos cuenta de que nuestras presuntas "razones" son del todo inconsistentes?

El descubrimiento de la verdadera naturaleza de nuestros estados de ánimo como una interacción de los *gunas* nos será de gran utilidad en nuestro *sadhana*, ya que esto resulta de gran efectividad para socavar ese sentimiento de individualidad que hemos venido acariciando desde hace tanto tiempo. ¿No son la alegría y el dolor, la felicidad y el sufrimiento, la angustia y el entusiasmo la propia "sustancia" de que está hecha nuestra alma? ¿En dónde queda nuestra individualidad si todas estas manifestaciones están sobrepuestas a unos cambios más bien impersonales, causados regularmente por los cambios rítmicos del equilibrio de los *gunas*?

¿Cómo podremos controlar este sorprendente misterio, que de improviso se nos revela como una fuerza cósmica más allá del alcance de nuestro pobre “yo” personal?

En esto también hemos de decir que no hay nada que pueda hacerse de manera directa para combatir el efecto de los *gunas* en nuestra persona, pero sí podemos renunciar al deseo de buscar, de descubrir y hasta de inventarnos razones que justifiquen los cambios que sufrimos; corporales, mentales y espirituales. Lo que podemos hacer es observar el ir y venir de los *gunas* y, en cada ocasión sacar de ellos el mayor provecho posible.

Una vez que hemos comprendido que la verdadera naturaleza de nuestros estados de ánimo es el resultado del efecto de los *gunas*, no les concedemos mayor importancia que la que le damos a la lluvia o al viento. No son nuestros, y mucho menos son “nosotros”. Ya pasarán. Ésta es la forma de llegar a ser un *gunatita*, el que ha trascendido los *gunas*.

El Yo no conoce obstáculos, todos los obstáculos lo son sólo para el *sadhaka*, para el “yo” personal que realiza el intento. Hay ciertas reglas generales que se aplican a todos ellos por igual:

Aprender que la combinación de cuerpo y mente es nuestro instrumento. Debe seguir funcionando pero no nos interesa su grado de desarrollo; ni del cuerpo, ni de la mente, ni del espíritu. Esta combinación es indispensable como un instrumento que sirva a nuestros propósitos espirituales, pero es algo que carece absolutamente de interés en cualquier otro sentido.

¡No tratemos de lograr algo! El único objetivo del *sadhana* es eliminar. Negar la realidad de todo, incluso de nosotros mismos. No eres tú quien realiza al Ser. El

Ser se revela por sí mismo. ¿Ante quién? Únicamente ante sí mismo.

¡No luchemos contra nuestro “yo”! ¡Toda oposición fortalece al “yo”, porque la fuerza motriz que impulsa la resistencia es la “voluntad”!

¡Ninguna de ellas debe ser suprimida! Porque un pensamiento, un sentimiento o una intención que se supriman tarde o temprano revertirán!

Debemos, sencillamente, observarnos; sin reaccionar, ni positiva ni negativamente. Al convertirnos en el observador, dejamos de ser el “pensador”; primero habremos de convertirnos en “el testigo”, en “el observador” y más tarde en pura “observación”, que ya no es “nosotros” sino absolutamente impersonal. Entonces seremos prácticamente invencibles ante los obstáculos.

Las trampas son simplemente una clase especial de obstáculos, dado que por lo regular se presentan bajo un disfraz, y en las etapas avanzadas, cuando la conciencia alerta del *sadhaka* tiende a relajarse.

Lo más inofensivo de ellas es la idea de que, aunque no somos responsables de todas las desgracias que hay en el mundo, hambre, guerras, sufrimientos, nos sentimos tentados a hacer algo para remediarlas. El problema a menudo se presenta bajo la forma de la pregunta que le hacemos al sabio:

“¿Cómo puede el sabio estar satisfecho con su Realización ante el desolado panorama del mundo? ¿Qué va a hacer para modificarlo?”

El que formula esta pregunta parece nunca haber pensado en la cantidad de grandes y poderosos santos y sabios que a lo largo de los siglos han pasado por el planeta sin haber sido capaces de “ayudarlo”. Si detrás de la vida de cada individuo hay un Poder Superior, ¿no debería saber qué hacer con el mundo? ¿Es acaso

que nos está esperando o qué depende de usted o de mí para tales fines?

Tal vez el sufrimiento y las desgracias sean precisamente los medios para recordar al hombre que tiene un destino más alto que el de instalarse comodamente en este mundo, haciendo de él su hogar. Una persona feliz rara vez se cuestiona acerca de su propia situación.

Naturalmente que todos deberíamos darle la mano y ayudar a todo aquel que lo necesite, lo cual es precisamente lo que han hecho todos los santos y todos los sabios... y lo que todo *sadhaka* debe hacer cuando tiene un vehemente interés en eliminar su ego, su falso "yo". Con que cada uno de nosotros tratara de preocuparse por la pobreza y el sufrimiento que hay en el medio en que nos desenvolvemos, ¡toda la miseria del mundo se habría terminado hace ya mucho tiempo!

Pero, ¿por qué no es así?

Teóricamente, ocuparse de las reformas sociales de un país o del mundo, muchas de las veces no es más que un medio de escapar de la responsabilidad de comenzar por reformarse uno mismo.

Hay otro error, más bien inofensivo, en el que regularmente incurren los principiantes. Muchos de ellos reciben la bendición de vislumbrar en varias ocasiones la vida superior a la que aspiran. Esto se presenta como un auténtico cambio de conciencia y, naturalmente, el *sadhaka* estará feliz, convencido de que realmente ha progresado. No hay mal en ello, porque pronto habrá de afrontar el hecho de que su "experiencia" se desvanece para nunca repetirse. Cuando esto sucede una y otra vez, aprende a comprender estos chispazos como lo que realmente son: destellos de otra dimensión que tratan de enseñarle a distinguir entre las distintas dimensiones, pero que también lo atraen con sus en-

cantos apartándolo de la senda espiritual que se empeña en recorrer. Se convierten en una trampa cuando el *sadhaka*, por vanidad o impaciencia, se queda atrapado en uno de ellos creyendo que se trata de la Realización final. En ese caso, sus progresos posteriores se verán bloqueados.

La marca distintiva que nos permite reconocer esta trampa es: “yo he comprendido...”. Este “yo” sólo puede ser un “yo” equivocado, un “falso yo”, porque el Yo no es el que comprende.

El deber del *sadhaka* es observarse constantemente; debe saber qué está ocurriendo en su interior. En esto hay un serio peligro, pero solamente cuando se ocupa de observar mucho a los demás. Cuando así lo hace, su “yo personal” de inmediato hace comparaciones, cuyo resultado será: “yo soy más santo que tú”.

Con esta idea en mente, le da a su “yo personal” una gran oportunidad de desarrollarse hasta llegar a ser un “yo espiritual”, que será mucho peor que su “yo” original, del todo común, y que habrá cobrado fuerza por los esfuerzos espirituales previos a su aparición. El resultado será un orgullo espiritual, tanto más grave cuanto más haya avanzado el *sadhaka*, porque los logros alcanzados le servirán únicamente para confirmar su “derecho” a estar orgulloso de su éxito.

Pero aun cuando perciba la tenue Voz interior que le advierte que esta tendencia se está desarrollando dentro de él y le recuerda el secreto de la verdadera “realización”: la humildad callada, y aun cuando esté del todo dispuesto a aceptar esta advertencia, persiste todavía el riesgo de que el astuto ego se oculte ahora detrás del orgullo ¡disfrazándose de humildad!

Existe solamente una forma de evitar éstas y todas las demás trampas que hay en el Camino hacia la

Realización: La Conciencia Alerta, vigilar implacablemente al engañoso ego, el “yo”.

Afortunadamente el *sadhaka* no está solo en su lucha secreta contra sí mismo durante su solitario viaje hacia su destino supremo. ¿Cómo podría alcanzarlo si no hubiera dentro de él un Guía Interior? Una voz que no deja de enviar mensajes de advertencia cuando el viajero se aproxima a una trampa o cuando ha quedado atrapado en alguna debido a su falta de precaución.

Su viaje es similar a los de cuentos de hadas, en los que el héroe tiene que vivir miles de aventuras, combatir a innumerables enemigos y hasta demonios, para, finalmente, llegar a la princesa. Mientras más avanza, mayores son los obstáculos.

La más engañosa de las trampas en el sendero del *sadhaka* es la última, oculta tras la Realización misma.

“*La primera Revelación del Ser es transitoria. Jñana*, una vez que se nos ha revelado, requiere de algún tiempo para estabilizarse” (*Talks*, 141).

El peligro no consiste en que podamos retroceder. Esto es algo que ocurre a la mayoría de los *sadhakas* y que se soluciona de manera natural si continuamos nuestra práctica fielmente, lo que a su vez nos llevará a nuevas Revelaciones del Ser, hasta que finalmente ya no quede nada del *sadhaka*, sino únicamente el Ser.

Si, por otra parte, el *sadhaka* intenta “aferrarse” a esa primera Revelación, a pesar de su Guía Interior que le advierte: “¿Quién es el que se aferra?”, entonces el ego, el “yo”, se desliza suavemente ocultando de nuevo al Ser, distorsionando la Revelación del Ser con el grito de victoria: “¡Yo he comprendido!”

Cegado por el éxtasis del “triunfo” final (¿el “triunfo” de quién?) nunca deja de escudriñar su condición

y, en consecuencia, nunca descubre la verdad: que se ha convertido en un *yogabhrastha*, alguien que se ha apartado de su yoga, de su “unión”.

El nuevo y definitivo disfraz de su ego, de su “yo”, es el de “el gurú”; y esta última trampa, la más terrible de todas, jamás lo dejará escapar, porque nunca llegará a reconocer que es su víctima.

Hay en la actualidad muchos que cayeron en la trampa del gurú en etapas mucho más tempranas de su camino.

III

MAYA

Maya es lo que nos hace considerar que no existe el Yo, la Realidad, que está siempre presente en todo lugar y que es omnipresente y refulgente por sí misma... y que existen el alma individual, el mundo y Dios, cuya inexistencia ha sido definitivamente demostrada en todo tiempo y lugar.

LA SERPIENTE EN LA CUERDA

EN LA CIVILIZACIÓN moderna el hombre ha dejado de ocupar el lugar central como hombre; se ha convertido en una herramienta útil al proceso de producción. Para fomentar este propósito, su entrenamiento tiene como objetivo un intenso desarrollo de su intelecto. No habría nada que objetar a este proceso si el intelecto se mantuviera dentro de los límites de su propio campo: el campo del conocimiento teórico, que sólo vaya tan lejos en cuanto pueda conducir a ciertas aplicaciones prácticas. Esto podría incluir el pensamiento científico, pero éste resulta ser un guía limitado y hasta peligroso en lo referente a las preguntas de la verdad oculta del hombre, del mundo y de Dios, las que habrán de ser descubiertas únicamente con facultades mucho más sutiles que las del mecanismo de reacciones biológicas que es el cerebro. Sin embargo, la mente humana ha tratado de usurpar también esta dimensión superior para sí misma. Los diversos sistemas filosóficos han sido el resultado.

El Vedanta Advaita ocupa el sitio preponderante entre la filosofía hindú en la actualidad, y Ramana Maharshi es considerado como el más destacado representante de esta filosofía.

A-dvaita significa “no dos”: “el Único, sin que exista un segundo”. Únicamente existe un principio: Brahman, esencia y sustancia de todas y cada una de las cosas; la diversidad es sólo apariencia. Brahman, en su aspecto de naturaleza fundamental del hombre, es lla-

mado Atman, el Yo, sólo para fines prácticos... El Atman es Brahman. El mundo también es Brahman; verlo como un mundo de diversidad es *maya*, ilusión.

La idea de *maya* es el punto en que los antagonistas de la filosofía Advaita atacan al sistema, arguyendo que muestra incoherencia con su principio de *A-dvaita*, *maya* es "lo segundo", y justifica la diversidad, ¡y por ello no puede estar incluida en "el Único"!.

Ramana Maharshi apoyó a Sri Shankara y al sistema Advaita:

"Los tantristas y otros de ideas semejantes condenaron la filosofía de Sri Shankara calificándola como el sendero de *maya*, sin llegar a comprenderla debidamente. ¿Qué dice Shankara? Dice que: 1) Brahman es real; 2) el universo es una ficción; 3) Brahman es el universo. No se detiene en el segundo postulado sino que lo complementa con el tercero. ¿Qué significa esto? Que el universo se concibe como algo aparte de Brahman, y que tal concepto es erróneo. Los antagonistas subrayan el ejemplo de "la serpiente en la cuerda". En la penumbra, uno puede creer que una cuerda enrollada es una serpiente. Esto es lo que se llama superposición incondicionada. Una vez conocida la verdad de la cuerda, la ilusión de la serpiente se elimina definitivamente.

"Pero también deberían tomar en cuenta la superposición condicionada, es decir, "el agua del espejismo".

"El espejismo no se desvanece ni aun cuando descubrimos que es un espejismo. La visión sigue allí, pero el hombre no corre hacia ella en busca de agua. Sri Shankara debe ser comprendido a la luz de estos dos ejemplos. El mundo es una ficción. Aun después de saberlo sigue apareciendo. Debemos saber que es Brahman, y no algo independiente de él.

"Siguen los antagonistas: Consideradas tanto las ilusiones condicionadas como las incondicionadas, el fenómeno del agua en el espejismo es meramente ilusorio porque esta agua no puede utilizarse para ningún propósito; mientras que el fenómeno del mundo es diferente, ya que es útil. ¿Cómo podemos entonces equiparar el primer fenómeno con el segundo?

"Un fenómeno no puede ser una realidad simplemente porque sirva a un propósito o a una serie de propósitos. Tomemos un sueño por ejemplo. Las imágenes oníricas son útiles; sirven a los fines del sueño. El agua de los sueños calma la sed de los sueños. La imagen onírica, sin embargo, es contradicha en los otros dos estados. Lo que carece de continuidad no puede ser real. Si algo es real, debe serlo siempre, y no ser real por un breve periodo de tiempo e irreal durante todo el tiempo restante.

"Ocurre lo mismo con los actos de magia. Parecen ser reales, y sin embargo son ilusorios.

"Asimismo, el universo no puede ser real en sí mismo... es decir, independiente de la Realidad fundamental" (*Talks*, 315).

Y: "*Maya* se utiliza para significar la manifestación de la Realidad. En consecuencia, *maya* no es sino la Realidad (*Talks*, 20).

Pero estas explicaciones no hacen de Ramana Maharshi un filósofo. Su Gran Experiencia no fue el resultado del estudio de la filosofía Advaita, sino el acontecimiento básico que le permitió corroborar aquella gran intuición de antaño.

Sencillamente, afirma lo que ve; y lo que ve es lo mismo que habían visto Shankara y los antiguos *rishis*, v lo que verá todo aquel que siga el Camino hasta el final: que detrás de la apariencia de las formas está

la verdadera naturaleza del mundo como Brahman. Sin embargo, todas las explicaciones y deducciones de estos sabios no pueden confirmar las visiones que han tenido, pues ocurre que el que duda no puede ver lo que ellos ven. Y no podrá verlo mientras él y los otros utilicen diferentes formas de percepción. No hay demostración lógica, filosófica, que pueda probar lo que ve el que se ha realizado, esto es, que el Ser no es sólo su verdadera naturaleza, sino también la verdadera naturaleza del mundo. Y él puede percibirlo con tanta claridad "como una fruta en la palma de la mano".

Ésta es la razón por la que Ramana Maharshi solía desviar la conversación en cuanto lo consideraba conveniente, cuando se tocaba el tema de *maya*. De hecho, el problema, *maya*, no es ningún problema en absoluto, ya que no representa un obstáculo en el Camino.

Cuando Suka, hijo del sabio Vyasa, llegó a comprender el Yo, no podía creerse a sí mismo, ni tampoco a su padre —el cual confirmaba su éxito— porque tenía la convicción de que todavía no había resuelto el enigma del mundo en su aspecto de *maya*. De modo que su padre lo envió ante el rey Janaka. El sabio soberano lo sometió a diversas pruebas, que el joven Suka pasó con la calma y la compostura de un verdadero sabio. Así pues, el rey Janaka confirmó que el joven había alcanzado la realización del Yo. A lo que Suka repuso: "Pero aún queda el problema de *maya*..."

Sonriendo, el rey Janaka le dijo: "¡Olvídalo!"

En ese preciso instante Suka "vio" que la Verdad del mundo era la misma que su propia Verdad.

En *Reality in Forty Verses*, * en el verso 3, Ramana Maharshi enfoca el problema en forma similar:

* Edición en español, *Sat Darsanam. Cuarenta versos sobre la Realidad*; Editorial Sirio, Málaga, 1988.

- El mundo es real.
- No, es una apariencia falsa.
- El mundo es algo sensible.
- No, no lo es.
- El mundo es felicidad.
- No, no es verdad.

¿Qué objeto tienen tales discusiones? El punto en el que todos están de acuerdo es cuando, ignorando el mundo, conocemos nuestro propio Ser; abandonando tanto la unidad como la dualidad, cuando desaparece el sentido del ego”.

La realización del Ser no significa encontrar la solución a todos y cada uno de los problemas intelectuales, sino olvidarse de ellos. El Ser no ve ningún problema. Es siempre la inquietud de la mente la que crea los problemas, a fin de tener una razón para estar ocupada en su intento por resolverlos.

GURÚS, SIDHIS Y SANYASA

La mente es la que crea las preguntas para luego ir en busca de respuestas. Le lleva algún tiempo darse cuenta de este hecho y renunciar a su intento. Pero en tanto esto no ocurre, interfiere constantemente en el desarrollo natural de la dimensión espiritual del que emprende la búsqueda. Hasta entonces, brotan una pregunta tras otra, y Ramana Maharshi supo mantenerse pacientemente, día tras día, ante el torrente de ellas. En el último capítulo presentamos una recopilación de sus respuestas a preguntas esporádicas. Sin embargo, los tres temas que forman el subtítulo que nos ocupa requieren un tratamiento más a fondo.

Existe hoy en día una muy difundida búsqueda del gurú. Y muchísimos supuestos gurús que transforman en un magnífico negocio las ideas distorsionadas que la gente de todas las latitudes tiene acerca del gurú y su función. Pero, ¿quién es un gurú?

“Los Shastras dicen que debemos servir a un gurú durante doce años si queremos alcanzar la Realización del Yo. ¿Qué hace el gurú? ¿Le entrega esta Realización del Yo al discípulo? ¿No es acaso que el Yo siempre está realizado? Entonces, ¿cuál es el significado de esta creencia popular? ¿El hombre es siempre el Yo, y sin embargo no lo sabe? Lo confunde con el no-yo, es decir, con el cuerpo, etcétera. Esta confusión se debe a la ignorancia. Si lográramos liberarnos de la ignorancia, la confusión dejaría de existir y el verdadero conocimiento se desplegaría ante nosotros. Por el constante contacto con los sabios que han llegado a realizarse, el hombre pierde gradualmente la ignorancia hasta que llega a erradicarla por completo. Entonces se le revela el Ser eterno.

"El discípulo se entrega, se pone en manos del maestro, lo cual significa que el discípulo no conserva el menor vestigio de individualidad. Si su entrega es completa, se pierde todo sentido de individualidad y, en consecuencia, no queda ninguna razón para el sufrimiento. El Ser eterno es sólo felicidad. Así nos fue revelado.

"Por no comprenderlo correctamente, la gente cree que el gurú le enseña al discípulo algo como *Tat-Tuam-Asi*, "Tú eres Eso", y entonces el discípulo comprende: "Yo soy Brahman". En su ignorancia, conciben a Brahman como algo más inmenso y más poderoso que cualquier cosa existente. Con su "yo" limitado, el hombre queda inmovilizado y vive en la insensatez. ¿Qué ocurriría si ese mismo "yo" creciera enormemente? ¿Sería enormemente ignorante y estúpido! Este falso "yo" debe morir. Su destrucción es el fruto del *guruseva*, el servicio al gurú. La realización es eterna y no es algo nuevo que el gurú pueda crear de pronto. El gurú ayuda a eliminar la ignorancia. Eso es todo" (*Talks*, 350).

El verdadero gurú es aquel que ha realizado el Ser. Pero, ¿cómo podemos reconocerlo? No habla de sí mismo, se comporta exactamente como cualquier persona; y si no lo hace, entonces bien haremos en desconfiar de él. Sólo existe una cualidad por la que se distingue tanto en su silencio como en lo que dice.

Si estamos preparados como discípulos, él habrá de encontrarnos sin que nosotros tengamos que buscarlo. Y sólo entonces podremos estar seguros de que él es el gurú que será *nuestro* gurú.

Mientras tanto no carecemos de una guía externa. La guía interna continuamente nos envía señales, por así decirlo; una cierta frase de un libro, la sonrisa de un niño, la belleza de una flor o de un atardecer, pueden transformarse en el medio que nos lleve a una

repentina comprensión; una de las manifestaciones menores de la iluminación que adornan el sendero del buscador sincero de la Verdad. Cada una de estas cosas puede convertirse en nuestro gurú. Dattatreya, el famoso sabio de la antigüedad, decía, refiriéndose a sí mismo, que había tenido veinticuatro gurús, incluyendo algunos objetos inanimados.

Aun el primer intento por encontrar el significado de la vida es inspirado desde dentro por el Verdadero gurú. Hay una hermosa experiencia vivida por Moisés y preservada en la tradición del Islam. Cuando se lamentaba: "Oh, Señor, ¿en dónde he de buscar para encontrarte?", oyó una vez que le contestaba: "No me buscarías si no me hubieses ya encontrado".

¿Quién es el que está buscando al gurú? El anhelo es, ciertamente, inspirado por el Ser; como lo vemos también en la respuesta a la oración de Moisés. Pero es el "yo personal" el que sale a cazar al gurú. Y no se trata de un castigo cuando tiene que sufrir la desilusión de encontrar el gurú equivocado, sino de una experiencia que le enseñará la manera adecuada de... ¡confiar y esperar!

Si deseamos, por sobre todas las cosas, tener un gurú externo, habremos de encontrar exactamente la clase de gurú que corresponde a nuestra etapa de desarrollo. Lo cual significa, por lo regular, uno de clase bastante baja; ya que un gurú de nivel superior no serviría de nada a un discípulo de entendimiento limitado. El receptor debe estar sintonizado a la longitud de onda del transmisor a fin de que haya recepción, y viceversa. De manera que, aun en el caso de que *hubiera* un encuentro con un espíritu realizado, este gurú no necesitaría rechazar al discípulo porque el discípulo ni siquiera percibiría la presencia de la Grandeza, ya que sus sentidos

internos todavía están nublados. Será como el hombre que fue en busca de Chintamani, la gema celestial que concede todos los deseos, y luego, habiéndola encontrado, la tiró porque no vio sino un guijarro de colores.

La peor clase de entre los “gurús” de la actualidad es aquella representada por los que deliberadamente explotan a los que se lanzan a la caza del gurú. Su método para atraer a los esperanzados ignorantes es, por lo general, un desconcertante espectáculo de ceremonias, encantamientos, fórmulas secretas, y hasta amenazas por medio de los poderes de la magia negra; todo ello haciendo referencia a la tradición. Sri Ramana Maharshi nos dice, refiriéndose a estos medios:

“Las escrituras dicen que hay un sinnúmero de iniciaciones. Dicen también que el gurú celebra ciertos ritos utilizando fuego, agua, *japa*, *mantras*, etcétera, y llama a estas demostraciones fantásticas *dikshas*, iniciaciones, como si el discípulo madurara sólo si el gurú lleva a cabo estos procedimientos”.

“La más poderosa forma de acción es el silencio. Por muy extensos y enfáticos que puedan ser los Shastras, fallan en su propósito. El gurú es callado y la paz prevalece en todo. Este silencio es más vasto y más enfático que todos los Shastras en conjunto...” (*Talks*, 398).

Pero cuando el falso gurú es suficientemente listo, es posible que también finja esta actitud.

Otra clase de supuesto gurú puede no sólo engañar al futuro discípulo sino también a sí mismo. Puede tener algún conocimiento intelectual de la Verdad y es posible que pueda enseñarla, en la extensión que su limitado conocimiento se lo permita. El buscador sincero de la Verdad, más tarde o más temprano reconocerá —por la gracia silenciosa de su guía interior—

las limitaciones del pretendido gurú, y lo dejará... tal vez por otro, o quizá haya madurado lo suficiente mientras tanto como para que ahora reconozca la voz del Gurú Interior... el Ser; y lo acepte sin reservas. Podemos seguir los pasos de Dattatreya y aprender a ver al gurú en todas y cada una de las cosas, lo cual se traduce prácticamente en lo mismo.

Ahora bien, tenemos el caso, extraño por cierto, de que Ramana Maharshi se rehusó a ser "el Gurú" de sus seguidores o, para ser precisos, jamás inició a ninguno de ellos en la forma tradicional. Sabemos que algunos de ellos lo dejaron, si bien lo amaban y lo reverenciaban, porque se consideraban incapaces de avanzar espiritualmente si no contaban con un gurú exterior. ¿Cómo debemos considerar esta extraña actitud por parte de Ramana? ¿Rechazó el sabio la responsabilidad que se espera del gurú con respecto de sus seguidores? De acuerdo con la tradición, el gurú que acepta un discípulo también se hace cargo de su karma, por malo que éste sea.

No. Sri Ramana Maharshi sólo trataba de ser coherente; vivía lo que enseñaba, ¡la realización de El Único sin que exista un segundo! Cuando hay sólo Uno, Brahman, ¿en dónde hay sitio para un gurú y un discípulo? Un gurú presupone la existencia de un discípulo; un discípulo, la de un gurú; invariablemente son "dos".

¿Puede haber dos Yoes, uno guiando al otro? El verdadero acto de guiar únicamente es posible cuando el Yo del gurú y el del discípulo son uno y el mismo Yo.

La verdadera función del gurú, más elevada y más eficaz que sus enseñanzas, es su poder de contacto: eliminar la ignorancia del discípulo por transmisión directa.

Esto, naturalmente, sólo es posible cuando el propio gurú ha realizado la Verdad. Este poder es tan “real” que Ramana Maharshi siempre le concedió la mayor importancia al *satsanga* o contacto con seres altamente avanzados, porque su pureza, sabiduría y compasión son contagiosas como la salud y la paz.

He aquí el verdadero peligro de someterse al gurú “equivocado”; que su astucia, su vanidad y su egoísmo son igualmente contagiosos. Aun las experiencias de la vida cotidiana ponen de manifiesto el peligro de las malas compañías, aunque generalmente sólo se consideran como un mal ejemplo. Pero aun en este caso la mala influencia llega muy hondo; de inmediato se contagia, como una enfermedad.

¡Que el Gurú Interior nos proteja!

Esta misteriosa tierra, perdida en el mar, que ofrece los dones de la Verdad suprema a quienes encuentran el sendero que los conduzca a sus profundidades, guarda también muchos de los secretos de técnicas y poderes mágicos, llamados *sidhis*. El número de personas que intentan descubrir estos secretos probablemente sobrepasa a los que buscan la Verdad. Si bien es por todos sabido que Ramana Maharshi no apreciaba esas tendencias, usualmente relacionadas con el *sadhana* del *yoga*, una y otra vez se le preguntó sobre la posición que guardan los *sidhis* en el panorama de la búsqueda del Ser. En cierta ocasión, declaró:

“El Yo es el Ser más íntimo y eterno, en tanto que los *sidhis* son algo exterior. El primero no requiere de esfuerzo para ser alcanzado, no así los otros.

”Los poderes son perseguidos por la mente, que debe mantenerse alerta; mientras que el Yo se realiza cuando la mente ha sido destruida. El poder se manifiesta sólo en presencia del ego. El Yo está más allá del ego y se

alcanza una vez que el ego ha sido eliminado. ¿Qué objeto tienen los poderes ocultos para el Ser que ha alcanzado la Autorrealización?

"La Autorrealización puede ser acompañada por poderes ocultos, o tal vez no. Si la persona en cuestión ha buscado tales poderes antes de la Realización, es probable que los obtenga después de la Realización. Hay quienes no han perseguido estos poderes y únicamente han intentado la Realización del Yo. Estas personas no los manifiestan" (*Talks*, 597).

Entre los visitantes del sabio se encontraba Evans Wentz, reconocido tibetólogo. También él pidió una explicación acerca del valor de los poderes ocultos. Ramana Maharshi le respondió:

"Los poderes ocultos están sólo en la mente; no son naturales en el Ser. Todo cuanto no es natural sino adquirido no puede ser permanente, y no vale la pena esforzarse por alcanzarlo".

"Estos poderes ocultos significan poderes expandidos. Un hombre posee ciertos poderes limitados, y es miserable; desea expandir sus poderes para poder ser feliz. Pero consideremos si ha de ser así; si con una percepción limitada uno es miserable, con la percepción expandida el sufrimiento debe incrementarse de manera proporcional. Los poderes ocultos no pueden significar la felicidad de nadie, por el contrario, ¡nos harán sufrir más todavía!

"Más aún, ¿para qué sirven estos poderes? El presunto ocultista quiere hacer un despliegue de los *sidhis* para que los demás lo aprecien. Busca el reconocimiento, y si no lo consigue no será feliz. Puede ser que encuentre a alguien que posea poderes superiores a los suyos; lo que le provocará envidia, la cual alimentará su infelicidad".

“¿Cuál es el verdadero poder? ¿Es incrementar la prosperidad o es obtener la paz? Lo que conduzca a la paz, eso será la perfección suprema (*sidhi*)” (*Talks*, 20).

La idea básica en la actitud de Sri Ramana Maharshi frente al fenómeno de la PES, o percepción extra-sensorial —como actualmente nombra la ciencia a los *sidhis*— se descubre con toda facilidad.

La experiencia de la PES pertenece al “yo personal”. Las enseñanzas del sabio de Arunachala giran en torno de la “caza del Yo” hasta encontrarlo y someterlo. Buscar y alcanzar los *sidhis* significa fortalecerlo. Esto termina con la discusión de una vez por todas.

En la India antigua, *sanyasa* era la cuarta y última de las *asramas* o etapas de la vida; la primera de las cuales estaba representada por el niño que era enviado a vivir con el gurú como un *brahmachari*, para servirlo y aprender las escrituras. La segunda etapa era su vida como jefe de familia, después de un matrimonio a temprana edad, en la que se hacía cargo de sus obligaciones para con los suyos, contribuyendo además con la colectividad. Una vez que sus hijos se habían establecido, y habiéndose casado sus hijas, estaba en libertad de retirarse. Sin embargo, su idea del retiro no era la de llevar una vida de comodidades, disfrutando los merecidos frutos de toda una vida de trabajo y esfuerzos. La tercera etapa de las *asramas* era una tranquila vida de renunciación “en los bosques”, *vanaprasta*, meditando y orando, anhelando la iluminación.

Las tres primeras etapas ocurrían de acuerdo con las costumbres y las convenciones, pero la última, *sanyasa*, la renunciación total, habría de imponerse por sí misma llegado el momento adecuado y bajo sus propias condiciones.

Este hecho era el trasfondo de la respuesta, algo enigmática, que Ramana Maharshi dio a alguien que le preguntaba si debía o no adoptar el *sanyasa*:

“Si debieras, no habrías preguntado”.

La idea tradicional en lo que hace al *sanyasa* se explica en el sermón de Narada a Yudhisthira en el Bhagavata, libro 7, capítulo X-XII:

“El comportamiento total del *sanyasin* debe estar encaminado al descubrimiento del verdadero Yo en el punto de contacto entre el sueño profundo y el estado de vigilia. Debe considerar tanto la esclavitud como la libertad, tanto el nacimiento como la muerte, algo irreal. No debe leer libros profanos, ni vivir de una profesión, ni participar en discusiones, ni tomar parte en ningún partido, no debe aceptar discípulos, ni leer demasiado —lo cual distraería su mente de su práctica espiritual— ni pronunciar discursos, ni asumir ninguna responsabilidad de trabajo. Una vez alcanzada la iluminación, podrá seguir comportándose como hasta entonces o modificar su conducta, según le convenga. Con el objeto de que los demás no puedan descubrir el estado que ha logrado, continúa con su mismo tipo de vida o búsqueda. . .”.

Sri Ramana Maharshi nunca alentó a quienes creían que debían abrazar el *sanyasa* formalmente, aunque con ello aparentemente se contradijera. Cuando se le hacía notar que él mismo había destruido todo vínculo con su hogar y con su vida familiar, simplemente respondía que era cuestión del karma. Discutiendo el tema él vio la motivación. . . en la mayoría de los casos se trata de escapismo, motivado por la desilusión de una vida aburrida y carente de éxito. Con frecuencia también se trata de una cuestión de autoestima. Llevando una vida modesta o incluso de pobreza no somos nadie; siendo

un *sanyasin* ya somos alguien. . . al menos a los ojos de algunas personas. Tal vez exista un tercer motivo para una minoría. . . la impaciencia. No están satisfechos con la lentitud de su avance espiritual.

Estas tres clases de motivación, y cualesquiera otras que pudiera haber, responden a las exigencias del ego. En consecuencia, Ramana Maharshi ofreció una respuesta típica de él:

“¿Por qué cree usted que es un jefe de familia? Si fuera usted un *sanyasin* lo obsesionaría una idea semejante, de ser un *sanyasin*. Ya sea que continúe en la vida de familia o renuncie a ella para retirarse a los bosques, su mente lo seguirá acosando. El ego es la fuente de los pensamientos. Si renuncia usted al mundo, lo único que ocurrirá será que el ego sustituirá la idea “jefe de familia” por la de *sanyasin*; el medio ambiente de los bosques ocupará el sitio del de la casa. Pero los obstáculos mentales siguen siempre presentes. Se incrementan en un nuevo medio ambiente; cambiar de ambiente no soluciona el problema. El obstáculo es la mente. Debe ser dominada, ya sea en la casa o en el bosque. Si puede hacerlo en el bosque, ¿por qué no en la casa? En consecuencia, ¿por qué cambiar de medio? Usted puede realizar sus esfuerzos incluso ahora mismo. . . en cualquier medio ambiente en que se encuentre”.

“El medio ambiente nunca nos abandona porque así lo queramos. Véanme a mí; yo dejé mi hogar. Mírense ustedes; han llegado hasta aquí abandonando el medio de sus hogares. ¿Qué encuentran aquí? Lo que hay aquí, ¿es distinto a lo que dejaron? (*Talks*, 34)”.

Contestando a otra pregunta, dijo:

“*Sanyasa* es renunciar a la propia individualidad. No es lo mismo que la tonsura y la túnica ocre. Un hom-

bre puede ser jefe de familia, y sin embargo, si no piensa que lo es, es un *sanyasin*. Por el contrario, un hombre puede vestir el manto color ocre y vagar por ahí; sin embargo, si cree que es un *sanyasin*, no lo es. Pensar acerca del *sanyasa* traiciona su propósito básico" (*Talks*, 427).

"El *sanyasa* está destinado a quien es apto para observarlo. Significa renunciación; no a los objetos materiales sino al apego que tenemos hacia ellos. El *sanyasa* puede ser practicado por cualquiera, aun dentro del hogar. Lo único que se requiere es estar apto para ello" (*Talks*, 588).

Esta es la suprema sabiduría de esta tierra misteriosa perdida en el mar, tan vigente en este siglo XX como lo fue hace milenios, cuando fue expuesta en el Código de Manú para los *sanyasines*.

No debe desear la muerte, ni aferrarse al vivir;

sino esperar el momento oportuno,
como el sirviente espera su salario.

No debe enojarse con quien está enojado.

Debe bendecir a quien lo maldice.

No debe proferir mentiras.

Regocijándose en las cosas del espíritu, sereno,
no interesándose en nada, absteniéndose del placer
sin encontrar ayuda sino en sí mismo. [sensual,

puede continuar viviendo en el mundo,
con la esperanza de la eterna bienaventuranza.

De manera que el *sanyasin* no debe exhibirse, no es un camino brillante ni muy atractivo, es simplemente el sendero en el cual la Verdad puede salir al encuentro del viajero, siempre y cuando éste sea un verdadero *sanyasin*.

IV

LA VOZ DE LA NATURALEZA

...pensar no es nuestra verdadera naturaleza.

(*Talks*, 184)

EL NACIMIENTO DEL HOMBRE

LA HISTORIA natural del hombre es un registro de hechos y su interpretación en forma de teorías. El que busca la verdad de sí mismo no está interesado en discusiones acerca de estas últimas; se apeg a los hechos y se toma la libertad de interpretarlos de acuerdo con su propia razón.

Aceptamos como algo indudable la afirmación de los *rishis* de la antigua India en el sentido de que antes de que hubiera cualquier otra cosa existía la Conciencia Absoluta. Está dentro y más allá de todo cuanto es y seguirá existiendo cuando todo lo demás haya desaparecido. Consideramos que el medio biológico de contacto entre esta Conciencia Absoluta y los seres vivos es el cerebro y el sistema nervioso, cuyo desarrollo significa una creciente capacidad de participar más y más de esa Conciencia Absoluta.

Convenimos también con el postulado de las ciencias naturales que afirman que el hombre como fenómeno biológico, habiendo pasado por numerosas etapas anteriores, se encuentra ahora en el peldaño más alto de la escala de la vida animal.

Pero, ¿en qué momento de su “evolución” fue que se *apartó* del curso que seguían sus ancestros animales, para transformarse en humano?

Parece ser que la ciencia jamás ha encontrado una respuesta satisfactoria a esta pregunta. Para el científico, el hombre es simplemente un mamífero, ya que se pueden seguir las huellas de sus altamente desarrolladas capacidades “humanas” hasta llegar a sus ante-

cesores animales, encontrando que la diferencia entre ambos estriba únicamente en el grado de desarrollo.

Según nos enseña la ciencia, la vida animal en su etapa más temprana está del todo regida por el instinto: un mecanismo innato de reacción que regula sus necesidades y actividades primarias. Vivir únicamente por los instintos implica que la criatura no tiene conciencia, ni de sí misma ni de su entorno. No obstante, tenemos el caso de la alimentación y de la procreación; dos actividades que hablan a favor de la existencia indudable —si bien sea en su etapa inicial— de un sentido de satisfacción, la cual debe ser *sentida conscientemente*. . . ¡o no captarse en absoluto! Esta “sensación” es la primera vibración de la “conciencia” dentro de la sencilla red de nervios que precede a la formación del cerebro en las formas superiores de vida. Más aún, estos mismos seres vivos absolutamente primitivos no utilizan todo cuanto encuentran para alimentarse, más bien parecen elegir. En consecuencia, *debe* de haber un leve sentido de la elección aun en sus instintos. ¿No son acaso la “discriminación y elección” la característica primordial del “pensamiento”, conservada hasta alcanzar incluso los más altos estratos del pensamiento científico y tecnológico?

La última de las facultades latentes en la etapa del comportamiento instintivo es la voluntad, que no es otra cosa que una necesidad innata de *actuar*. Como necesidad es puro instinto, lo cual implica la inexistencia de conciencia en la criatura; una vez que se vuelve conciente, es la “voluntad”.

Gracias a la aplicación del proceso de sentir, pensar y actuar durante numerosas edades, aquellas formas primitivas de vida desarrollaron el cerebro y el sistema nervioso que habría de ser el mecanismo biológico de

la reacción conciente. Pero no podemos encontrar una línea divisoria definitiva entre las formas de vida humana y animal, ni física ni fisiológicamente, ni tampoco en cuanto a su comportamiento y ni siquiera en sus facultades de percepción extrasensorial, ya que ésta también se manifiesta con toda claridad en los animales siempre que esos fenómenos han sido estudiados.

Dejemos estos extraños hechos a un lado por el momento y comencemos de nuevo desde otro ángulo. Nos transportamos a la cultura fértil y mágica de la Era Glacial, hace unos 50 000 años. La vida sigue siendo la misma que millones de años antes... los hombres de la tribu son cazadores y pescadores, las mujeres recolectan frutas y legumbres silvestres. Pero hay algo más. Apenas recientemente, a principios del siglo XX, se descubrieron de manera accidental ciertas cavernas subterráneas descomunales en España y Francia. Los muros de estas cavernas están cubiertos con maravillosas pinturas de la vida animal de aquella época —50 000 años atrás— con osos y ciervos, caballos salvajes y bisontes, todos ellos alcanzados por flechas y bumerangs, y en algunos sitios hay hombres cazándolos. Es evidente que estas pinturas, de las que existen miles, en más de un ciento de cuevas, representan la sorprendente habilidad de los magos de las tribus de cazadores, que tenía como propósito conjurar el éxito de las expediciones de cacería.

Pero, ¿a quién conjuraba el mago, no sólo mediante sus pinturas sino también con sus danzas rituales, de las que sabemos por las huellas de los pies que todavía se pueden ver en el terreno fangoso de ciertos recónditos lugares de algunas de estas cuevas?

Estas pinturas maravillosas representan la relación de los vivos con los muertos y manifiestan el propósito de so-

licitarles su ayuda en la cacería. Los hombres de la Era Glacial consideraban aquellas enormes cavernas como la morada, "Los Hades" de sus difuntos.

Volvemos a toparnos aquí con el hilo que nos conduce a un problema tan ampliamente discutido: el origen de la religión.

Para hallar la respuesta debemos remontarnos otros 50 000 años. Las tribus de la Era Glacial europea están consideradas como los antecesores inmediatos de la actual raza blanca. Hubo otras clases de hombres primitivos antes que ellos, la última de las cuales —aproximadamente 50 000 años antes de la Era Glacial— recibió el nombre de Hombre de Neandertal, por el lugar de Alemania donde fue encontrado un esqueleto de esta especie. Se sabe que ya estaba familiarizado con el empleo del fuego, y que enterraba a sus muertos. Este último hecho parece ser lo que permitió concluir que ya tenía algunas ideas acerca de la "religión", en la forma de una vida después de la muerte; en particular porque en los lugares destinados a los entierros se encontraban alimentos, armas y otras pertenencias "personales" del muerto.

Sin embargo, no podemos aceptar esta conclusión si sostenemos la idea principal, o sea, que la evolución del hombre significa evolución de su conciencia.

El hombre, como fenómeno biológico, pertenece, sin duda alguna, a la especie de los mamíferos. A semejanza de cualquier otro animal superior, el hombre estaba lo suficientemente conciente de casi todo lo que se relacionaba con sus necesidades materiales y su medio ambiente; en suma, las condiciones para su supervivencia. Se sentía seguro en su vida primitiva porque se sabía capaz de manejar toda posible situación material.

Pero había *un* problema que no podía resolver, un problema que lo dejaba perplejo e indefenso: el problema de los que habían muerto. Porque para él *no* habían muerto. Regresaban con cierta frecuencia cobrando vida en sus sueños. Le hablaban y podían moverse, reclamaban ciertas cosas e inclusive lo amenazaban.

Estos hombres tribales primitivos no distinguían claramente sus sueños de sus estados de vigilia, como bien saben los misioneros que han trabajado en las tribus que hay en la actualidad y como bien lo saben las madres cuando esto ocurre a sus hijos pequeños.

La experiencia del regreso de los “muertos vivientes” fue el primer problema que el hombre de Neandertal y otros de su mismo grado de desarrollo no pudieron resolver. Su respuesta fue el miedo, el terror, y reaccionaron como lo hacían ante todo aquello que amenazaba su existencia, es decir, de la forma más práctica: poniendo a los muertos fuera del alcance de su vista. *Para evitar que regresaran* les permitían conservar todo cuanto pudiera hacerlos regresar y, en algunos casos, se han encontrado esqueletos atados de pies y manos. En ese punto la conciencia del hombre primitivo —que era aún la de un animal— tocaba por primera vez un mundo “más allá” si bien sólo estaba más allá de su entendimiento.

La “cultura mágica” de la Era Glacial es la primera etapa del subsecuente desarrollo de la conciencia, debido a esta situación. El hombre de este periodo se atrevió a enfrentarse al “hecho” de los “muertos vivientes” y los utilizó para fines prácticos.

Mediante la práctica de esta especie de relación con el “más allá”, el mago de estos grupos tribales desarrolló al mismo tiempo su propia sensibilidad hacia otras

fuerzas y presencias invisibles, dicho de otra manera, su percepción extrasensorial. Unos 20 000 años más tarde, encontramos que han dejado ya los "Hades" de sus muertos, las grandes cavernas, para plasmar sus pinturas mágicas en cualquier prominencia de la roca o en las laderas de las colinas. Esto puede significar que habían dejado de confiar únicamente en los espíritus de sus muertos porque, además, habían cobrado conciencia de la presencia de otros espíritus poderosos en las montañas, en los árboles y en las piedras, en los ríos y en ciertas plantas.

La ciencia ha llamado a este periodo "animismo", que significa "dotar de vida conciente" (a la naturaleza).

Planteando nuevamente los hechos:

Durante millones de años la conciencia del ser humano funcionó meramente como percepciones sensoriales, y reaccionando a éstas en las mismas formas primitivas en que lo hacían los mamíferos: siguiendo los lineamientos de sus necesidades físicas. Como primera manifestación de algo distinto, nos encontramos con que comenzaron a enterrar a sus muertos, esto debido al temor que sentían por algo que rebasaba los límites de su control: los fantasmas de los muertos, que aparecían en sus sueños. En realidad se trataba de una reacción ante alguna forma de PES, indicio de una cierta expansión de los límites de su conciencia. Esto se desarrolló con relativa rapidez —si hemos de compararlo con la lenta evolución anterior— para transformarse en la difundida cultura "mágica" en la que el hombre, o al menos ciertas clases de hombres, alcanzaron cierto grado de dominio sobre este fenómeno. Gracias a una expansión posterior esto condujo al periodo del animismo.

Aunque este mundo de espíritus y poderes era para el hombre primitivo un “más allá” definitivamente “muy real”, aunque tenía temor de él y trataba de evitarlo, no le preocupaba demasiado porque era terreno exclusivo de los magos. El mago en representación del grupo era el encargado de todo lo relacionado con este “más allá”, porque aun entre estos hombres primitivos —por lo demás bastante avanzados— *nadie tenía todavía una clara conciencia de sí mismo como individuo*. Todos se percibían a sí mismos... pero únicamente como un individuo perteneciente al grupo y relacionado con otras personas. Este hombre primitivo tenía cierta idea de sí mismo como “este” cuerpo con “ese” nombre y tal o cual posición dentro del grupo, pero no existía en él una sensación definitiva de un “yo”. Podemos observar este estado de conciencia en las pocas tribus de aborígenes que aún subsisten en algunas recónditas regiones o reservaciones del planeta.

La siguiente etapa de desarrollo es bastante sorprendente. Una vez transcurrido el periodo del animismo, le siguió una breve etapa de transición a la agricultura que antecedió al surgimiento de las civilizaciones urbanas altamente avanzadas en muchas regiones del mundo, como por ejemplo en Egipto, Sumeria, y Acadia. ¡en el Valle del Indo! Todo esto en unos cuantos siglos. después de millones y millones de años.

¿Qué había ocurrido?

El cerebro y el sistema nervioso de la especie llamada “humana”, es decir, el órgano de contacto con la Conciencia Absoluta había alcanzado su punto de madurez para *la experiencia de la identidad*. Había descubierto un auténtico *sentimiento reflexivo* de un verdadero “yo”.

Con este acontecimiento el hombre se apartó de la

línea de sus ancestros animales. Éste fue “el Nacimiento del Hombre”; ningún animal se conoce a sí mismo como “yo”.

Durante millones de años el hombre había existido como una criatura entre tantas otras, viviendo de lo que su entorno le ofrecía. Ahora distinguía, se veía a sí mismo como un “yo” y a todo lo demás como “no-yo”, a fin de ejercer su dominio sobre todo lo demás. Exigiendo cada vez más a su medio ambiente, insaciable, se volvió un ser cambiante que transformaría su mundo para convertirlo finalmente en lo que es ahora.

Naturalmente que esto no pudo haber ocurrido en una fecha precisa de la historia. Requirió un periodo de varios siglos, como ya dijimos antes, durante la llamada Edad de Piedra.

Cuando ocurrió por primera vez que uno de los miembros de alguna tribu de la Edad de Piedra cobró conciencia de su verdadero “yo”, pudo muy bien haberle ocurrido a alguno de los magos, porque éstos se contaban, sin lugar a dudas, entre los más avanzados en inteligencia y aún más en el plano de la percepción extrasensorial. Sin embargo, en el transcurso de aquellos siglos, más y más miembros del grupo obtuvieron, de manera espontánea, este conocimiento de su verdadera identidad; porque el cerebro y el sistema nervioso de estos hombres de la Edad de Piedra ya estaban listos. No obstante, lo que en realidad ocurrió fue extraño.

Hubo la experiencia de un Yo *interior* auténtico, potente y misterioso... ajeno al tiempo y al espacio.

Pero aquello se manifestó en el interior de una conciencia que hasta entonces había estado ocupada por una gran cantidad de objetos y de ideas, por sentimientos y pensamientos, y dominada por un concepto de la “persona” y su temor hacia lo desconocido. No

tenemos ninguna evidencia de si entonces hubo alguien que se haya enfrentado a la nueva experiencia como lo hiciera el joven Venkataraman y la haya aceptado *tal como es*. Conocemos, solamente, los resultados... una nueva clase de hombre, *que había escindido aquella experiencia*. Aquellos hombres cubrieron el misterioso Yo verdadero con su "persona" y colocaron el carácter extrasensorial del todo en lo desconocido, como "Dios".

Así pues, el Nacimiento del Hombre tuvo lugar en la forma de "El hombre y su religión". La evidencia externa de ello es que todas aquellas grandes civilizaciones urbanas de los primeros tiempos fueron teocracias; ¡gobiernos basados en religiones, templos y clases sacerdotales!

Sin embargo, todo esto no abarca todavía la historia completa. Entre aquellos que fueron bendecidos con la nueva experiencia en el transcurso de los siglos, hubo algunos que *no* cubrieron el verdadero Yo con su "persona" tan completamente como lo habían hecho otros. El velo, que también ellos pusieron entre la conciencia pura de la identidad y su conciencia relativa personal, conservó su transparencia, por así decirlo. Silenciosamente, trataron de analizar la experiencia; descubrieron condiciones por las cuales era posible repetirla deliberadamente. Descubrieron un estado mental que ya no era sentir sino escuchar la voz interior, ya no era desear —lo cual implica aferrarse a las cosas— sino el desapego, ya no era pensar sino estar silenciosamente conciente. Así fueron capaces de desandar el camino de la adulteración y regresar a la fuente de la experiencia, y reconocerla como *Aquello que es*.

Hay ciertos documentos que ya nos hablan de esto desde el tercer milenio antes de Cristo, en Egipto, y

que dan cuenta del desarrollo interior simultáneo al nacimiento de las civilizaciones. De manera que, desde el principio, tenemos *dos* líneas paralelas de desarrollo del hombre: los *extrovertidos*, que en conjunto *crearon, sostuvieron y destruyeron* una civilización tras otra y, por el otro lado, a los *introvertidos*, los santos y los sabios, que vivieron sus vidas serenas y discretas como modelos, más allá del tiempo, mostrando *el sendero del hombre hacia su destino supremo*.

Mientras que los nombres de los conquistadores, eruditos y grandes sacerdotes se perdían en el olvido, la "evolución" de la conciencia continuaba su desarrollo en la forma de sabiduría y amor. Alrededor del año 1000 a.C. la sabiduría del más allá brotó en las grandes Escrituras de las culturas que en ese tiempo florecían... los Vedas, en la India; la Biblia, en el Asia Menor; el I Ching, en China.

Unos 500 años después, y dentro de un breve periodo, aparecieron los maestros espirituales, que enseñaban la verdad del hombre; el Buda Sakyamuni, en la India; Confucio y Lao Tsé, pronto seguidos por Chuang Tsé, en China, Zaratustra, en Persia; los precursores de Sócrates, en Grecia. La sorprendente simultaneidad de estos acontecimientos en aquellos siglos sexto y quinto a.C., ¿no ponen de manifiesto el hecho de que esto era, en cierta forma, el apogeo de la "evolución" del hombre?

500 años más tarde apareció Jesucristo, otros 500 años después Mahoma; y transcurridos otros 500 años hubo un radiante ocaso, por así decirlo. Se produjo una gloriosa manifestación del más elevado misticismo, tanto en la Cristiandad como en el Islam. Los maestros espirituales enseñaron la Gran Experiencia en el

budismo zen. La misma Verdad fue expuesta como Vedanta Advaita en el hinduismo.

Desde entonces, han transcurrido casi 1000 años sin que haya ocurrido ningún acontecimiento de semejante valor espiritual. ¿Significa esto una definitiva decadencia espiritual?

Considerémoslo más bien como un indicativo de que los tiempos de una forma organizada y aun colectiva de adoración se han terminado. Según lo mostraremos en breve, en la humanidad contemporánea cada individuo es llamado a descubrir el más allá dentro de sí mismo; sin sacerdotes, sin templos y sin ceremonias, sencillamente, dentro de su propia naturaleza... y absolutamente solo. La forma en que responda a este desafío determina la felicidad o la desdicha de su vida futura.

EL YO Y DIOS

Cuando Darwin publicó su obra *El origen de las especies*, en 1859, y cuando la apasionada discusión al respecto llegó a su punto culminante, el más importante punto de apoyo para sus desconcertantes teorías acerca de la “evolución biológica” surgió insospechadamente de otra especialidad científica: el campo de la embriología. Los científicos de esta rama de la ciencia descubrieron que es muy difícil distinguir si un embrión de tres meses de gestación es de un ser humano, de un perro o de un murciélago. En una etapa posterior de su desarrollo, el feto humano muestra la tendencia a formar branquias como los peces, después una cola y pelo en todo el cuerpo, como un simio.

Estos hechos sorprendentes condujeron a los estudiosos de las ciencias naturales a la conclusión de que el desarrollo del embrión humano repetía exactamente el desarrollo de la raza humana considerada en conjunto. El científico alemán Haeckel formuló, basándose en este hecho, la “Ley biogenética fundamental” (*Biogenetisches Grundgesetz*): “El desarrollo biológico del individuo repite el desarrollo biológico de la especie”. Este descubrimiento resultó casi tan sensacional como el de Darwin.

Por supuesto que los científicos comenzaron, de inmediato, a seguir de cerca el sorprendente paralelismo después del nacimiento del niño. Pero quedaron desilusionados; al parecer no había continuidad. En consecuencia, olvidaron la sensacional teoría de la “repetición” aunque, por supuesto, persistían los hechos relativos a las etapas prenatales; como también perduró la “Ley biogenética fundamental”, si bien, desde entonces, en forma limitada.

En realidad este interesante paralelismo de ninguna manera se detiene con el nacimiento. La razón por la cual no fue percibido consistió en una aplicación equivocada del factor tiempo. Siendo que en el siglo XX hemos desarrollado una clase especial de psicología: la de los niños, ahora podemos ver en el comportamiento del niño clara muestra de paralelismo con las distintas etapas de desarrollo de la especie. Hay diferentes aspectos que se relacionan con el comportamiento de las tribus primitivas, así como con sus facultades, y más tarde existe un paralelismo con las de la Era Glacial y las de la Edad de Piedra. Podemos observar claramente que *el infante no tiene conciencia de un auténtico yo*. Cuando habla acerca de sí mismo lo hace utilizando su propio nombre; su juguete no es “mi” juguete sino el juguete “de Pedro”, el juguete “de Juan”. Cuando comienza a utilizar el yo y el mío esto no significa una genuina *sensación del yo*; el niño ha aprendido simplemente a imitar la forma en que los adultos utilizan el lenguaje, el hecho de que todos se señalan a sí mismos cuando dicen “yo”.

Como quiera que sea, ya que el paso más espectacular en el desarrollo de la especie humana fue la revelación de la verdadera identidad del hombre, el acontecimiento paralelo en el desarrollo biológico del individuo debe manifestarse de manera convincente, si es que la teoría de la “repetición” ha de ser considerada como válida.

Y así es. Así como en la historia de aquellos miembros de las tribus la experiencia del auténtico Yo reflexivo ocurrió por sí misma, cuando el cerebro y el sistema nervioso estaban listos para ella, así también ocurre exactamente lo mismo en el momento de la ma-

durez biológica del individuo... durante la pubertad y la adolescencia.

Es un error grave atribuir la inestabilidad mental y el desequilibrio psicológico propios de este periodo únicamente a las condiciones fisiológicas. Mucho más poderosa es la llamada del más allá, que habrá de penetrar en la conciencia del individuo con otra dimensión, es decir, con el estado *turiya*, la experiencia del despertar del individuo a su verdadera naturaleza. No es necesario que haya ningún problema en esta situación, podría ser una maravillosa etapa de exaltación, si tan sólo pudiéramos *saber* qué es lo que va a ocurrir. Los demás jóvenes también responderían al desafío oculto como lo hizo el joven Venkataraman. En su caso, el gran acontecimiento se impuso en el joven en una forma más violenta —como la experiencia de la muerte, ya que él tampoco estaba preparado, en absoluto, para vivirla. Esto mismo también ha ocurrido a otros místicos y es algo inevitable, ya que se trata de un suceso *natural*, el cual puede ocurrir de forma totalmente desprovista de dramatismo *cuando no hay ninguna resistencia*.

Ya que no sabemos nada acerca del grandioso obsequio que la naturaleza tiene reservado para el momento de la madurez biológica, los niños de cada generación son abandonados a su suerte para que llenen sus conciencias de conceptos e ideas acerca de sí mismos como “personas”, así como también de toda clase de deseos, temores, ansiedades y de los llamados conocimientos generales. Cuando el cerebro y el sistema nervioso están listos para responder al más maravilloso desafío de la vida, la insignificante conciencia individual está ocupada en otras cosas. *Se resiste, aunque inconscientemente*.

Éste es el problema supremo, el verdadero problema de la pubertad.

Los jóvenes mismos inconcientemente dan muestras de esta situación. Ésta es precisamente la edad en la que el hombre está más interesado en comprender el significado de la vida y del mundo, y su posición en él; lo cual se manifiesta, en muchos casos, en la forma de "El yo y Dios"... precisamente porque se halla en la situación interior de *los primitivos de la Edad de Piedra*: inmediatamente antes de la gran oportunidad de la toma de conciencia.

Afortunadamente, al perder esta oportunidad de transformarse en el hombre verdadero, no la pierde para siempre.

Regresemos por última vez al misterioso paralelo entre el desarrollo del grupo y el del individuo.

En su camino a lo largo de los millones de años, el hombre "animal" primero desarrolló sus capacidades *emocionales* y más tarde su facultad *pensante* y su *voluntad* en unión con su *percepción extrasensorial*. La revelación de su auténtico "yo" reflexivo había sido el último acontecimiento, el apogeo de su "evolución", el despertar de su sueño de vida animal a su realidad como ser humano.

En la línea paralela, el individuo recién nacido ha pasado —durante los nueve meses que preceden al alumbramiento— por una cantidad indefinida de millones de años. Después de nacer y durante un breve periodo pertenece todavía a la etapa de la vida instintiva: manifiesta "sentimientos" únicamente en la forma de satisfacción o descontento. Después de unas cuantas semanas manifiesta las primeras percepciones sensoriales y un poco después comienza a "discriminar y a elegir", poniendo así en práctica los aspectos básicos

del “pensamiento”. En su tercer año se vuelve “obstinado”, lo cual no significa otra cosa que su necesidad natural de actividad se ha vuelto conciente en la forma de “voluntad”. De manera que de la niñez a la madurez es el periodo en que el individuo desarrolla sus funciones de sentir, pensar y desear. No obstante, esta “evolución” es del todo biológica, tan inconciente como lo ha sido la “evolución” de la especie y completamente dirigida por el desarrollo orgánico del cerebro y del sistema nervioso.

El acontecimiento supremo de esta “evolución estrictamente biológica” se halla en ambas líneas; la tribal y la individual: el despertar del genuino *sentimiento reflexivo* del “yo”, el *conocimiento del verdadero Yo*. En ambos casos este “propósito” de la evolución parece haber equivocado el camino. Para ser precisos, *la experiencia ha quedado incompleta*. El verdadero Yo no se ha “abierto paso” sino que, por lo general, sólo ha logrado “sumirse”. Se ha mezclado con el “yo personal” para producir una clase de híbrido, ese extraño nudo entre lo verdadero y lo falso, que todavía se considera el centro “real” de la personalidad de cualquier persona.

¿Cómo pudo ocurrir esto?

Pues bien, evidentemente no se trata de un accidente ni de un error sino de un estado intermedio inevitable, el legado de las dos formas principales de la existencia del hombre en este planeta. . . el surgimiento y la destrucción de las civilizaciones debidos a la extroversión colectiva y, en medio de este marco, el silencioso y solitario peregrinar del *individuo introvertido* hacia la Gran Experiencia de la Verdad suprema del hombre.

Sin embargo, el misterioso paralelismo entre la evolución colectiva e individual no ha alcanzado todavía

su meta en este “acontecimiento supremo” biológico, generalmente incompleto. Tratar de elucidar las líneas ulteriores de la evolución colectiva nos apartaría del tema y podemos renunciar a ello, dado que el interés primordial de esta obra se centra en el individuo.

Aunque la “penetración” de la conciencia individual madura en la nueva dimensión del estado de *turiya* parecería ser la *consecuencia natural*, indudablemente esto no es la regla sino la excepción. Lo habitual es el “nudo” entre el Yo “verdadero” y el “falso” yo; entre la recientemente adquirida conciencia reflexiva y la “inconciencia” biológica de la niñez ya pasada.

Lo que sigue a esto es una *segunda recapitulación* de la “evolución”, la repetición del mismo patrón, *sólo que en esta ocasión se debe vivir absolutamente a la luz del conocimiento conciente de lo que ocurre*. Una vez que la pubertad y la adolescencia han pasado, sigue un periodo de aproximadamente diez años, entre la edad de 25 y 35 años, en el que predomina en el individuo la vida *emotiva*. Éste es el periodo del matrimonio y de la felicidad familiar. En la siguiente década, entre los 35 y 45 años, los intereses se diversifican, los horizontes y los objetivos se expanden. El intelecto, la mente *pensante*, toma el mando.

Al final de la *primera recapitulación* aguardaba el “acontecimiento supremo”, el nacimiento de la conciencia reflexiva; pero aun cuando haya sido reconocido —como en el caso de las personas con inclinación introspectiva— por lo regular no ocurría que se volviera algo permanente desde la primera vez. Se debe vivir y experimentar esta *segunda recapitulación* a fin de *estabilizar* la conciencia reflexiva recientemente descubierta. *Éste es el verdadero significado de la vida “en este mundo”*.

Cuando esto se comprende y se hace verdaderamente, el hombre alcanza, en esa edad, una segunda etapa de madurez. Cuando se lleva a cabo con la debida disposición le significará la *obtención* de Aquello, de lo cual el cambio en su conciencia de adolescente fue la promesa espiritual: la Gran Experiencia de su verdadera naturaleza. Pero esta vez será completa.

Ésta es la enseñanza de la Voz de la Naturaleza, que es la misma enseñanza otorgada a los sabios de la antigua India como intuición y a la que dieron la forma de las *asramas* (etapas de la vida).

Los hechos fueron descubiertos y registrados por la ciencia de los siglos XIX y XX; la interpretación es nuestra... la intuición, de quienes fueron testigos de la vida de Ramana, la Estrella Solitaria de Arunachala, la encarnación de esta maravillosa epopeya del verdadero hombre.

V

EL DESPERTAR

Vichara, la investigación, es el proceso y también la meta. "Yo soy" es la meta y la Realidad última. Mantenerse en ella con esfuerzo es *vichara*. Si es espontánea y natural es la Realización.

(*Talks*, 390)

EL REGRESO A LAS FUENTES

LA TRADICIÓN espiritual de la India enseña cuatro formas de aproximación al Gran Despertar, llamado la Realización del Yo. Estas formas de aproximación no sólo son diferentes, sino que incluso parecen contradecirse: *jñana-marga* (el camino del conocimiento), *bhakti-marga* (el camino de la devoción), *karma-marga* (el camino de la acción) y *yoga-marga* (el camino de la re-unión). En este caso, las apariencias engañan. No sólo no hay contradicción entre ellas sino que, de hecho, habrán de ponerse en práctica conjuntamente a fin de lograr su objetivo; como demostraremos más adelante.

El *Yoga-marga* prácticamente no tiene sitio en las enseñanzas de Ramana Maharshi, aunque lo conocía bien y nunca negó su utilidad. Consideraba las técnicas yóguicas para el *sadhana* como un camino indirecto.

Uno de sus visitantes le preguntó: “¿Un *jñani* es diferente a un *yogui*?” A lo que él respondió: “El Bhagavad Gita dice que un *jñani* es el verdadero *yogui* y también el verdadero *bhakta*. El *yoga* es solamente un *sadhana* y *jñana* es el *sidhi*”.

En otra ocasión se le preguntó: “¿Es necesario el *yoga*?”. Y él respondió: “Es *sadhana*. No será necesario una vez que se ha alcanzado el *jñana*. Todos los *sadhanas* son llamados *yogas*, esto es: *Karma Yoga*, *Bhakti Yoga*, *Jñana Yoga*, *Astanga Yoga*. ¿Qué es el *yoga*? *Yoga* significa “unión”. El *yoga* sólo es posible cuando hay *viyoga* (separación). El individuo se en-

cuentra en el engaño de *viyoga*. Este engaño debe eliminarse. El método para lograrlo recibe el nombre de *yoga*".

Otra pregunta fue: "¿Cuál método es el mejor?" y la respuesta:

"Depende del temperamento del individuo. Toda persona nace con los *vasanas* de sus existencias anteriores. Uno de estos métodos resultará fácil para cierta persona, y otro método para otra. A este respecto no hay nada definitivo" (*Talks*, 580).

De hecho el *yoga*, tanto como *bhakti*, o amor, presupone la existencia de "dos"... uno, el que practica, que trata de alcanzar al otro: Dios o el Yo. *Jñanamarga*, por otra parte, comienza con el conocimiento de la meta... habiendo así sólo Uno, sin que exista un segundo. De ahí la aparente contradicción entre ambos senderos y el porqué de la importancia que algunos seguidores del Vedanta-Advaita confieren al hecho de que Ramana Maharshi haya sido un estricto *jñani*. Lo era, pero de ninguna manera estaba únicamente interesado en el *sadhana*, como veremos en breve.

Jñana (conocimiento) es el término utilizado para designar tanto el camino de la práctica como la meta, el despertar final a la Verdad. Conocimiento... ¿de qué? ¿No está aquí implícito el concepto de *dvaita* —dos—, es decir: sujeto y objeto?

Ya desde este punto, desde el principio, debemos estar alertas para no caer en una trampa. En el caso de *jñana*, el conocimiento no significa "algo", no; en este caso *saber es ser*. El conocimiento del Ser no es algo que *pertenezca* a algún "yo", como "mi" conocimiento; se trata aquí de conciencia pura; conciente sólo de sí misma.

¿Cómo podemos alcanzarlo? “Adoptando nuestra filosofía”, responde el *advaitin* estricto.

Pero la filosofía sólo pertenece a la mente. Si nos entregamos al estudio del Vedanta-Advaita, podremos convencer a nuestro *intelecto* de su exactitud lógica. Pero este conocimiento no es *jñana*. Es el resultado de la *mente pensante*; *jñana* es la verdad revelada cuando la mente ha *dejado* de pensar. De manera que si la filosofía Advaita no nos satisface, no debemos preocuparnos. El verdadero *jñana-sadhana* consiste en “cazar al Yo” hasta que lleguemos al misterioso “Yo soy el que Soy”, por medio del cual se reveló a Moisés el Poder Supremo (Éxodo 3; 14). Este método era ya conocido de los antiguos sabios, pero fue olvidado tiempo después. No fue por accidente que Ramana Maharshi lo haya rescatado. Cuando despertó en su Gran Experiencia al verdadero Yo, el Ser, reconoció de una vez y para siempre que el “yo personal” pertenece a *otra dimensión de conciencia* distinta a la del verdadero Yo. Comprendió también que encontrar su fuente de origen y dominar al falso “yo” era *el* camino para ir de esta conciencia relativa a la Conciencia pura de *turiya*: el conocimiento que es Ser.

En un capítulo anterior se mencionaron algunos detalles importantes del *sadhana* que conduce a esto.

En la cita que acabamos de mencionar, Ramana Maharshi enfatiza el hecho de que los distintos métodos de *sadhana* se adaptan a los diferentes temperamentos de las personas. Aunque el cerebro y el sistema nervioso —nuestro mecanismo biológico de reacción— son básicamente los mismos en todo individuo, hay diferencias sutiles en la forma en que se equilibran el pensamiento, los sentimientos y la actividad de cada persona. Algunas personas son de tipo emocional, en

otras predominan las tendencias intelectuales y otras encuentran satisfacción únicamente en la actividad.

Tan pronto como una persona se siente atraída por la idea de dar a su vida un carácter espiritual, elegirá el método de *sadhana* que considere adecuado. El intelectual preferirá el *jñana-marga*, el que tenga inclinaciones por lo emocional adoptará el *bhakti-marga*, y el individuo activo elegirá el *karma-marga*.

Sin embargo, como ocurre con el *jñana*, el asunto no es tan simple como parece. Así como el conocimiento del *jñana* no es un conocimiento intelectual, el amor del *bhakta* por una deidad es “su” amor únicamente al principio. Las obras o *karma* de una persona activa a lo largo de su *sadhana* tampoco serán “su” labor. Así como el *jñani* debe trascenderse a sí mismo, así también deben hacerlo el *bhakta* y el *karmi*; porque no es el “yo personal” el que triunfa al final. Aunque está presente en el comienzo de la gran aventura, lo está únicamente para desaparecer durante el trayecto.

Pero no hay inconveniente en comenzar de acuerdo con las preferencias personales. Lo que importa realmente es comenzar. Y esto *parece* que es obra de la “persona”. En realidad, ya en el principio, es algo motivado por el Guía Interior, el Ser, que habrá de acompañarnos hasta la meta, porque Él *es* la meta.

Así pues, el *bhakta* —el aspirante emocional— comienza con su amor por la deidad de su elección. Raras veces se interesa en el Yo porque no tiene el concepto del Yo. “Es lo que Es”. ¿Y cómo podría amar ese “algo”? Lo que él desea es amar a *alguien*, y en el hinduismo existen muchas deidades susceptibles de ser amadas. Está en libertad de elegir al niño Krishna para acariciarlo, mimarlo y cuidarlo; o al joven pastorcillo para adorarlo apasionadamente, como hicieron

las *gopis* (pastoras); puede buscar refugio a las fatigas y sufrimientos de la vida en su amor por Devi, la Madre del Universo, o arrojarse a los pies de Shiva Mahadeva. Puede aproximarse a su deidad amada como sirviente, como adorador o como amigo; será feliz sabiendo que es aceptado.

Pero más tarde o más temprano —¿qué es el tiempo para los dioses?— su *ishta devata* llegará a él en la forma de una persona... el gurú... preguntándole: “¿Qué clase de amor es el que ofreces y a quién? ¿No eres *tú* el que *disfruta* de ese amor? Crees que te has entregado al Señor y entonces, ¿quién queda para “amarlo”?”

“Entregarse consiste en renunciar a uno mismo y a sus posesiones en favor del Señor de la misericordia. Entonces, ¿qué queda para el hombre? Nada... ni él mismo, ni sus posesiones. El hombre ya no debe preocuparse de ello; el cuerpo, sujeto a nacer y morir, ha sido creado a partir del Señor. Entonces el nacer y morir no deben aterrorizarnos. La causa del temor era el cuerpo, y si éste no pertenece al hombre, ¿por qué temer? o bien, ¿en dónde está la identidad del individuo que habrá de ser víctima del temor?”

“Así pues, el Ser se realiza y, como resultado, se alcanza la bienaventuranza. Esto es, la unión del sujeto con el objeto: Liberación del sufrimiento y obtención de la felicidad. El bien más elevado que se pueda alcanzar. Entrega es sinónimo de la bienaventuranza misma. Ésta es la relación” (*Talks*, 567).

A un devoto que anhelaba la visión del Amado:

“A él entrégate y vive de acuerdo con su voluntad, ya sea que se aparezca ante ti o se desvanezca; trata de agradarlo. Si le pides que haga lo que a *ti* te place, eso no será entregarse a él sino ordenarle. No

es posible que esperes que te obedezca y sigas pensando que te has entregado a él. Él sabe qué es lo mejor, y cuándo y cómo hacerlo. Deja todo absolutamente en sus manos. La carga es suya; tú ya no tienes ninguna preocupación. Todas tus preocupaciones son suyas. Así es la entrega. Eso es *bhakti*" (*Talks*, 450).

Lo que sucede en la realidad es lo siguiente: el *sadhana* del *bhakta* consiste en aferrarse a la presencia de su *ishtha devata*, el Dios de su elección. *Sentir* esta presencia en todo momento y en toda circunstancia es su felicidad, en la que finalmente *pierde su auto-conciencia, su "yo" personal*. Lo que queda es el amor y así, "el amor es Dios". Su mente deja de ser "mente", para convertirse en su "amor", que es *ananda*, el aspecto de éxtasis de la *Satchidananda* final, la bienaventuranza de la conciencia del Ser puro.

El término "*karma*" requiere de definición. Esta palabra, acuñada en la antigüedad, significaba, originalmente, el camino de la *adoración ritual*. Indudablemente que también es un *sadhana* de acción, que tiene relación con el sendero del *bhakti*, si bien careciendo del sentimiento apasionado propio de éste. Sin embargo, otros significados de esta palabra han ocupado el lugar del significado original. Un significado muy importante de *karma* se refiere a la relación de causa y efecto, al respecto de la hipótesis del renacimiento. En el contexto de esta obra utilizamos todavía otro significado, el de "actividad", es decir, trabajo en un sentido general.

Así pues, el individuo que pueda ser catalogado como de un carácter predominantemente activo, generalmente no se interesa en los asuntos del espíritu, será más bien extrovertido, es decir, que se manifiesta hacia el exterior. No obstante, en un sentido más amplio, *cualquier persona* debe ser activa, ya sea en bien

de su propio sostenimiento y el de su familia, o ya sea únicamente para mantener su cuerpo vivo y funcionando; como es el caso de los santos y los sabios. Esta actividad puede significar un obstáculo importante en el camino espiritual del *jñani*, así como también en el del *bhakta*.

“La dificultad con el *karma* surge cuando el hombre cree que él es el hacedor. En esto consiste el error. El Poder Supremo es lo que está detrás de todo y el hombre es solamente un instrumento. Si acepta esta posición se librará de todo problema; de no ser así, los propiciará. Tomemos como ejemplo las figuras en las torres de los templos, que están hechas para dar la impresión de sostener todo el peso de la torre sobre sus hombros. Su postura y su apariencia representan el enorme esfuerzo necesario para sostener el monumental peso de la torre. ¡Pero pensemos! La torre está construida sobre el terreno y descansa sobre sus propios cimientos. La figura (como Atlas sosteniendo el mundo) es parte de la torre pero está construida para aparentar que está cargando la torre. ¿No es curioso? Ocurre lo mismo al hombre que se echa auestas el sentimiento de ser el hacedor (*Talks*, 62)”.

“Las acciones no causan servidumbre. La esclavitud es solamente el falso concepto “yo soy el hacedor”. Abandonen tales ideas y dejen que el cuerpo y los sentidos hagan su parte sin hallar trabas en la interferencia de ustedes (*Talks*, 46)”.

“La sensación de “yo trabajo” es el obstáculo. Pregunten: ¿Quién trabaja? Recuerden: ¿Quién soy? El trabajo no los atará. Fluirá automáticamente. No hagan ningún esfuerzo, ni para trabajar ni para renunciar al trabajo. Es su esfuerzo lo que constituye la esclavitud. Lo que ha de ocurrir, ocurrirá.

”Si su destino es dejar de trabajar no obtendrán ningún trabajo, aunque lo persigan. Si están destinados a trabajar no se apartarán del trabajo; se verán forzados a dedicarse a él. De modo que dejen todo en manos del Poder Supremo. No pueden renunciar a algo o conservarlo según su elección” (*Talks*, 268).

Analizando las citas anteriores resulta evidente que el obstáculo que el *karma* representa no es el trabajo en sí mismo, sino la actitud que tengamos hacia él; la *voluntad del “yo”* detrás de todo ello.

La *voluntad* es el tercer aspecto de nuestro mecanismo biológico de reacción y el elemento más intenso del “yo personal”. El *Karma-marga*, como un intento de renunciar a la voluntad del “yo”, es un poderoso medio de vencerla, siempre y cuando no asuma la forma de *resistencia*. Porque la resistencia es precisamente la forma de fortalecer el yo-ego. “¿Quién es el que resiste?”

Así pues, ¿cómo debemos proceder?

La mayoría de los trabajos se llevan a cabo teniendo algún propósito en mente; ya sea para uno mismo, ya para alguien o algo más. El Bhagavad Gita, considerado por muchos como el libro sagrado que preconiza la acción, dice en el capítulo II, verso 47:

“Tu interés debe centrarse en la acción, no en sus frutos. *Que no te motiven los frutos* de las acciones, pero tampoco te abandones en la inactividad”.

El hecho de que no existe, en absoluto, un actor “personal”. Toda acción motiva una reacción, lo cual significa que habrá otras acciones posteriores que se llevarán a cabo sin “mi” o sin “tu” intención, como ocurrió hace siglos durante el periodo de los instintos.

En consecuencia, el objetivo del *karma yogui* es comprender que el significado de la vida no es “hacer”, sino “ser”. . . Ser puro, y éste será revelado en la misma

Gran Experiencia como en el caso de los otros seguidores del *jñana-marga* y del *bhakti-marga*.

Ramana Maharshi utilizaba, a manera de ilustración, la imagen de “actuar como un actor en el escenario”: representa su papel con toda atención, dedicando toda su capacidad a la tarea que debe desempeñar pero sabiendo, en todo momento, que no es el rey o el mendigo del personaje sino otra persona distinta.

También nosotros debemos estar concientes de que, como una “persona”, tenemos que representar nuestro papel en el escenario de la vida, recordando, en todo momento, nuestra verdadera naturaleza: el Ser puro, el Yo.

Trascender el *pensamiento* mediante el *jñana*, el *sentimiento* por medio del *bhakti*, las acciones provenientes del “yo” por medio del *karma* significa trascender ese “yo” que era, desde un principio, el nacimiento de una auténtica identidad refleja, un “yo falso”; significa, nada más ni nada menos, que regresar a la Fuente de la Conciencia Pura. De ahí en adelante:

“Sus esfuerzos pueden extenderse sólo hasta aquí. Después el Más Allá se hará cargo de sí mismo. Ahí están indefensos. Ningún esfuerzo Lo puede alcanzar” (*Talks*, 197).

Aquí, finalmente, nos encontramos con la Gran Experiencia de Ramana, el Maharshi, en su segundo aspecto: como pura *Fuerza del Más Allá, Shakti*. . . “Una fuerza, llamémosla energía átmica o de cualquier otro modo, brotó en mi interior y tomó posesión de mí. Me convertí en un hombre nuevo” (*Day by Day*, 22-11-45).

El “yo” y “Dios” volvieron a fundirse en el Uno sin segundo que siempre habían sido; más allá de nombre y forma, de tiempo y espacio. . . el divino misterio del hombre.

Para obtener esta experiencia debemos *trascender* el nivel biológico de “mamífero pensante”, única categoría a la que pertenecemos, según las enseñanzas de la ciencia. Y sin que nos demos cuenta de ello, esta ciencia contribuye a mantenernos dentro de los límites de esta clasificación porque *solamente por esta profunda ignorancia de nuestra verdadera naturaleza* permanecemos cegados ante las diferentes formas negativas en que nuestra civilización “mundana” hace mal uso de nosotros.

Sin embargo, *existen* enseñanzas antiguas en casi todas las tradiciones que nos hablan acerca del *verdadero* hombre y de que su naturaleza más profunda es divina. Y *existen* hombres como Ramana Maharshi, que *viven* sus vidas no sólo como un fenómeno biológico—que también lo han sido por nacimiento— sino como su realidad divina.

No especulemos acerca del futuro, si habrá o no un cambio que mejore las desastrosas condiciones de la actual civilización mundial. Por lo pronto parece no haber escapatoria del desastre. Al menos nosotros no vemos ninguna.

¿Quién la ve?

No lo sabemos. No sabemos sino una sola cosa... la suave voz divina oculta en las profundidades de nuestro corazón, que nos pide que regresemos a la fuente, nos dice que ella es nuestra propia voz, exhortándonos a dejar una etapa de conciencia que degeneró en un amontonamiento de ideas, sentimientos distorsionados y actividades febriles; exhortándonos a abandonar nuestro sueño biológico de la vigilia, el sueño y el sueño profundo para alcanzar el estado de *turiya*, la Conciencia Absoluta, y encontrar ahí nuestra verdadera naturaleza, nuestra naturaleza divina de *Satchitananda*: la bien-

aventuranza (*Ananda*) de únicamente Ser (*Sat*) Con-
ciente (*Chit*) nada más de Sí mismo.

¿Otro sueño de los cobardes que no se atreven a en-
frentar el abismo de la nada absoluta?

¿A quién le importa? Hemos conocido a Ramana, el
Maharshi, el sabio de Arunachala, ¡la personificación
misma de la maravillosa aventura del verdadero hombre!

ASÍ HABLABA RAMANA

Veamos, el que elimina todos los “no-yoes” no puede eliminar el Yo. Decir: “No soy esto” o “Soy aquello” requiere de la existencia de un “yo”. Este “yo” no es sino el ego o la “*idea* del yo”. Después del surgimiento de este “pensamiento o idea del yo”, surgen todos los demás pensamientos. En consecuencia, la “idea del yo” es el pensamiento raíz. Si arrancamos esta raíz, al mismo tiempo erradicaremos a todos los demás pensamientos. Por lo tanto, busquen el “yo-raíz”, pregunten: “¿Quién soy?” y descubran su origen. Entonces todos éstos se desvanecerán y sólo permanecerá el Ser puro. (*Talks*, 197).

Sólo la aniquilación del “yo” es Liberación. Pero únicamente se puede obtener teniendo siempre presente el Yo-Yo. De ahí la necesidad de investigar el pensamiento “yo”. (*Talks*, 139).

Únicamente existe un Yo, pero lo que de cuando en cuando se manifiesta es la errónea “idea del yo”; en tanto que el Yo intuitivo sigue siendo siempre autoluminiscente, es decir, se manifiesta aun ante sí mismo (*Talks*, 139).

El “pensamiento yo” es solamente un “yo” limitado. El Yo verdadero es ilimitado, universal, más allá del tiempo y del espacio. El primero está ausente en el sueño profundo y antes de ver el mundo objetivo hay un estado de toma de conciencia que es nuestro Yo puro. Ese estado hay que conocerlo (*Talks*, 311).

Alma, mente y ego son palabras. Tales entidades no existen en realidad. La conciencia es la única verdad (*Talks*, 245).

Precisamente al salir del sueño y antes de estar conscientes del mundo, está el puro “Yo-Yo”. Sosténganlo

sin seguir adormilados y sin permitir que los pensamientos los invadan. Si *eso* se sostiene firmemente, no importa ni siquiera que el mundo sea percibido. El que lo percibe permanece sin ser afectado por los fenómenos (*Talks*, 196).

¿Cómo habrá de destruirse el ego? Primero atrapen al ego y luego pregunten cómo debe ser destruido. ¿Quién formula esta pregunta? El ego. ¿Podrá el ego aceptar aniquilarse a sí mismo? La pregunta inicial es una forma segura de consentir al ego y no destruirlo. Si persiguen al ego, descubrirán que éste no existe. Ésa es la forma de destruirlo (*Talks*, 615).

Su deber es *ser*, y *no ser esto o lo otro*. “YO SOY EL QUE SOY” resume toda la verdad. El método queda resumido en la expresión “PERMANEZCAN QUIETOS”. ¿Qué significa quietud? Significa “destrúyete a ti mismo”. Porque toda forma o apariencia es causa de conflicto. Renuncien al concepto “Yo soy esto o soy aquello” (*Talks*, 363).

El ego es como nuestra propia sombra proyectada sobre el suelo. Si intentáramos enterrarla sería una tontería. El Ser es sólo uno. Si es limitado, es el ego; si es ilimitado, es el Infinito y es la Realidad (*Talks*, 146).

“Yo soy el que soy”. “Yo soy” *es* Dios. . . no el *pensar* “Yo soy Dios”. *Realicen* “Yo soy” y no *piensen* “Yo soy”. Se ha dicho: “*Sepan* yo soy Dios” y no “*Piensen* yo soy Dios” (*Talks*, 354).

La mente es, por naturaleza, inquieta. Comiencen por liberarla de la inquietud; denle paz, libérenla de la divagación; entréñenla para dirigirla hacia dentro en la introversión; hagan de esto una costumbre. Esto se hace ignorando el mundo exterior y quitando los obstáculos para tranquilizar la mente (*Talks*, 26).

¿Es la mente la que desea aniquilarse a sí misma? La mente no puede aniquilarse a sí misma. De modo que su trabajo es el de descubrir la verdadera naturaleza de la mente. Entonces sabrán que la mente no existe. Cuando se percibe el Ser, la mente no está en ningún sitio. Permaneciendo en el Ser, uno no debe preocuparse por la mente (*Talks*, 146).

El simple estudio de los libros no es de mayor utilidad. Después de la realización, todo conocimiento intelectual es una carga inútil y se arroja por la borda como lastre. Echar el ego por la borda es necesario y es natural (*Talks*, 28).

Es en la mente donde existen el nacer y el morir, el placer y el dolor; en una palabra, el ego y el mundo. Si la mente es destruida, todo lo demás se destruye también. Adviertan que debe ser *aniquilada*, no sólo puesta en un estado de latencia. Porque la mente está latente en el sueño. No sabe nada. Sin embargo, al despertar se encuentran como estaban antes. No hay fin para el sufrimiento. Pero si la mente se destruye no habrá ningún trasfondo para el sufrimiento y desaparecerá junto con la mente (*Talks*, 195).

La mente no es sino un manojo de pensamientos. Los pensamientos surgen porque existe un pensador. El pensador es el ego. El ego, si se le busca y localiza, desaparecerá automáticamente. El ego y la mente son lo mismo. El ego es el pensamiento básico del que brotan todos los demás pensamientos (*Talks*, 195).

Imaginar el chacra *Muladhara* en la base, el corazón en el centro o la cabeza hasta arriba o por sobre todos éstos es algo completamente equivocado. En una palabra, *pensar no es nuestra verdadera naturaleza* (*Talks*, 184).

¿No es acaso "Yo soy" también un pensamiento?...

El “Yo soy”, carente de todo ego, no es un pensamiento. Es la Realización. El sentido o significado de Yo es Dios. La experiencia de “Yo soy” es “estar quietos” (*Talks*, 226).

La búsqueda interior es el sendero que debe encontrar el intelecto del hombre. El intelecto mismo se da cuenta, después de la práctica continua, que lo que le permite funcionar es algún Poder Superior. Por sí mismo no puede alcanzar ese Poder. Así que deja de funcionar después de cierta etapa. Entonces, queda todavía el Poder Supremo y nada más. Esto es la Realización; ésta es la finalidad; ésta es la meta (*Talks*, 502).

Resulta evidente, entonces, que el propósito del intelecto es darse cuenta de su propia dependencia del Poder Supremo y su incapacidad de alcanzarlo por sí mismo. En consecuencia, debe aniquilarse a sí mismo antes de alcanzar la meta (*Talks*, 502).

¿Por qué se desarrolla el intelecto? El intelecto tiene un propósito. El propósito es el de mostrar el camino que conduce a la realización del Yo. Debe ser utilizado para tal fin (*Talks*, 644).

La mente se serena por un breve tiempo y luego vuelve a brotar. ¿Qué se debe hacer? En estas ocasiones debe ser recordada la paz obtenida con anterioridad. Esa paz es su estado natural y permanente. Por la práctica continua se volverá natural. A esto llamamos lo “habitual”. Ésa es nuestra verdadera naturaleza (*Talks*, 303).

La gente cree que la libertad (*moksha*) está en algún sitio remoto y que debe tratar de llegar a ella. Se equivoca. La libertad no es más que conocer el Yo que está en el interior de ustedes mismos. Concéntrense y la obtendrán (*Talks*, 31).

“Quédense quietos y sepan que Yo soy Dios”. Estar quieto es no pensar. Saber y no pensar, ¡ésa es la palabra! (*Talks*, 311).

La soledad está dentro de la mente del hombre. Alguien puede estar en el torbellino del mundo y conservar la serenidad en la mente; tal persona estará en soledad. Otro puede estar en el bosque, y sin embargo, puede ser incapaz de controlar su mente. De éste no se puede decir que esté en soledad. *La soledad es una función de la mente*. Un hombre apegado al deseo no alcanzará la soledad, no importa en dónde esté; el hombre desapegado siempre está en soledad (*Talks*, 20).

Jamás podrán encontrar la mente por medio de la mente. Vayan más allá de ella a fin de descubrir su no existencia (*Talks*, 473).

Los pensamientos no concuerdan con la realización. El estado correcto es el que excluye toda idea de pensamiento de nosotros mismos y toda otra clase de ideas. *El pensamiento es una cosa y la realización es otra totalmente diferente* (*Talks*, 30).

Debe quedar absolutamene claro que la meditación no está prohibida en la ausencia de *asanas*, horarios fijos o cualquier otro elemento secundario similar (*Talks*, 17).

No existe el *jñana* como comúnmente se entiende. Los conceptos habituales de *jñana* y *ajñana* sólo son relativos y falsos. No son reales y, en consecuencia, no son permanentes. El verdadero estado es el Yo no dual. Es eterno y constante, ya sea que estemos concientes o no (*Talks*, 499).

El *jñana* , una vez revelado, requiere de cierto tiempo para afirmarse. El Yo está, indudablemente, dentro de la experiencia directa de cada quien, pero no como

nos lo imaginamos. Es únicamente como Es (*Talks*, 141).

Se dice que la experiencia es temporal o permanente. *La primera experiencia es transitoria* y puede volverse permanente por medio de la concentración. En la primera, la esclavitud no se destruye del todo; permanece en estado sutil y se reafirma, a su debido tiempo. Pero en la segunda, raíz y ramas son destruidas para nunca volver a aparecer (*Talks*, 95).

No hay investigación del Atman. La investigación sólo puede tener por objeto el no-yo. Únicamente es posible la eliminación del no-yo. El Yo, siendo siempre auto-evidente, resplandecerá a partir de sí mismo (*Talks*, 78).

Jñana-marga y *bhakti-marga* son una y la misma cosa. La entrega de uno mismo lleva a la realización tanto como la indagación. La absoluta entrega de uno mismo significa que no queda en nosotros ningún pensamiento del "yo". Entonces, todos nuestros *vasanas* serán anulados y seremos libres. No habremos de continuar como una entidad independiente al final de cualquiera de estos caminos (*Talks*, 31).

Entrega incondicional. Habrá que hacer una de estas dos cosas; ya sea entregarnos porque admitimos nuestra incapacidad y que requerimos de un Poder Superior que nos ayude, o investigar la causa del sufrimiento, remontarse a la fuente y fusionarse en el Yo. Cualquiera de estos caminos nos librará del sufrimiento. Dios nunca desampara a quien se ha entregado (*Talks*, 363).

Entregarse es abandonarse a la fuente original del propio ser. No nos engañemos imaginando que esta fuente es algún Dios separado de nosotros. Nuestra fuente está dentro de nosotros mismos. Abandonémonos a

ella. Esto significa que debemos buscar la fuente y fusionarnos con ella (*Talks*, 111).

Si, por otra parte, nos fusionamos en el Yo, no quedará entonces ningún vestigio de individualidad. Nos volveremos la fuente misma. En este caso... ¿qué es entregarse? ¿Quién habrá de entregarse y a quién? Esto constituye la devoción, la sabiduría y la investigación (*Talks*, 208).

El Gita comienza diciéndonos que no somos el cuerpo, que no somos, por consiguiente, el hacedor. Así pues, uno debe actuar sin pensar que es el actor. Los actos se suceden a pesar de esta carencia de ego. La persona se ha manifestado con cierto propósito. Ese propósito habrá de lograrse ya sea que la persona se considere el actor o no (*Talks*, 643).

¿Cómo sabremos si las acciones son nuestras o no lo son? Si los frutos de las acciones no afectan a la persona, se habrá librado de las acciones (*Pláticas*, 40).

El único e infinito Absoluto Indivisible (plenum) toma conciencia de sí mismo como Yo. Éste es el nombre original. Cualquier otro nombre, como por ejemplo Om, son brotes posteriores. La liberación es permanecer conciente únicamente del Yo. "Yo soy Brahman" es el *Mahavakya* que lo avala. *Aunque siempre tenemos una experiencia del Yo, de todos modos nuestra atención siempre debe centrarse en él.* Entonces, sólo el conocimiento brillará. De ahí la necesidad de aprender de los Upanishads y de los grandes sabios (*Talks*, 92).

La verdad fundamental es muy simple. No es nada más que estar en el estado prístino. Esto es todo cuanto hay que decir (*Talks*, 96).

La realidad sólo es una. ¿Cómo se puede realizar o experimentar? La Realización es, así, una ilusión. La práctica parece ser necesaria. ¿Quién es el que practica?

Buscando al hacedor, el acto y todo lo demás desaparece. Más aún, si la Realización no se encuentra presente aquí y ahora, ¿cómo puede, de pronto, ser de alguna utilidad? Experimenten lo que está presente aquí y ahora. Los sabios así lo hicieron antes y así lo siguen haciendo, y nada más. Es por esto que dicen que les parece ser algo enteramente nuevo. Antes velada por la ignorancia y luego revelada, la Realidad se nos presenta como si se experimentara por primera vez. Pero no es nueva (*Talks*, 439).

Dvaita y *Advaita* son términos relativos. Se basan en el concepto de la dualidad. El Yo es como Es. No hay *dvaita* ni *advaita*. Yo SOY EL QUE SOY. El único Ser es el Yo (*Talks*, 433).

Nuestros esfuerzos están encaminados únicamente a destruir nuestra ignorancia. Una vez logrado esto, se interrumpen y se descubre el verdadero Yo y sabemos que siempre estará ahí. No hace falta ningún esfuerzo para continuar siendo el Yo (*Talks*, 66).

La verdad es que el Yo es constante y es Conciencia ininterrumpida. El objetivo de la investigación es descubrir la verdadera naturaleza del Yo como Conciencia. Practiquemos la investigación mientras percibamos que hay separatividad. Una vez alcanzada la Realización ya no habrá necesidad para la investigación. Tampoco surgirá la pregunta. ¿Puede la Conciencia llegar a pensar en preguntarse quién es el que está conciente? La Conciencia permanece pura y simple (*Talks*, 454).

El Yo es conocido de todos, pero no con claridad. Ustedes siempre existen. Su verdadero ser es el Yo. "Yo soy" es el nombre de Dios. De todas las definiciones de Dios, no hay, sin lugar a dudas, ninguna tan bien lograda como la cita bíblica "Yo soy el que soy", del Éxodo, capítulo 3, versículo 14. Ninguna tan

directa como el nombre JEHOVAH... Yo soy. El Ser Absoluto es *lo que es*... Es el Yo. Es Dios. Conociendo el Yo conoceremos a Dios. En realidad, Dios no es otro que el Yo (*Talks*, 106).

Hay un estado más allá de nuestros esfuerzos o de la ausencia de ellos. Hasta en tanto no se experimente, los esfuerzos serán necesarios. Una vez que probemos esta bienaventuranza, aunque sea por una sola ocasión, trataremos una y otra vez de volver a experimentarla. Resulta tan difícil para un *jñani* enfrascarse en los pensamientos como lo es para un *ajñani* librarse de ellos (*Talks*, 141).

La Realidad es, simplemente, la pérdida del ego. Destruyan el ego, buscando su identidad. Ya que el ego no es ninguna identidad, se desvanecerá automáticamente y la Realidad brillará por sí misma. Éste es el método directo, mientras que cualquier otro método se lleva a cabo conservando siempre el ego. Siguiendo esos caminos surgen muchísimas dudas y queda siempre la eterna pregunta para ser esclarecida al final. Pero en este método la pregunta final es la única que existe y es enfrentada desde el principio mismo. No hacen falta los *sadhanas* para emprender esta búsqueda (*Talks*, 146).

La ausencia de esfuerzos mientras estamos concientes es el estado de bienaventuranza y eso es la Realización (*Talks*, 295).

En cierto sentido, hablar de la Realización del Yo es un engaño. Sólo porque la gente ha sido víctima de la ilusión de que el no-yo es el Yo y lo irreal es lo Real es que deben ser apartados paulatinamente de ello mediante otra ilusión, llamada la realización del Yo; porque en realidad el Yo es siempre el Yo y no existe tal cosa como llegar a realizarlo. ¿Quién debe

realizar qué, y cómo, cuando todo lo que existe es el Yo y nada más que el Yo (*Day by Day*).

El libre albedrío y el destino son siempre existentes. El destino es el resultado de las acciones pasadas, y concierne al cuerpo. Dejen que el cuerpo obre como le plazca. ¿Por qué preocuparse de él? ¿Por qué prestarle atención? El libre albedrío y el destino duran mientras dura el cuerpo. Pero la sabiduría (*jñana*) los trasciende a ambos. El Yo está más allá del conocimiento y de la ignorancia. Si algo ocurre, sucede como resultado de nuestras acciones anteriores, o por voluntad divina y otros factores (*Talks*, 193).

‘El libre albedrío perdura en función de la individualidad. En tanto perdure la individualidad habrá libre albedrío. Todas las escrituras están basadas en este hecho y recomiendan encauzar el libre albedrío por los canales adecuados. Descubran a quién afecta el libre albedrío o el destino. Permanezcan en él. Entonces los dos serán trascendidos. Éste es el único propósito de discutir estas cuestiones. ¿A quién se le presentan? Descúbranlo y quedarán en paz (*Talks*, 426).

El *yoga* implica una división previa y supone una unión posterior de uno con el otro. ¿Quién habrá de unirse a quién? Eres el buscador que busca unirse con algo. Ese algo es distinto a ti. Tienes conciencia del Yo. Búscalo y sé él. Eso habrá de expandirse como el Infinito. Entonces ya no habrá lugar para el yoga, etcétera. ¿De quién es la separación (*viyoga*)? Descúbranlo (*Talks*, 211).

Quien instruye a un ferviente buscador para que haga esto o lo otro no es un verdadero maestro. El buscador ya está, de por sí, afligido por sus actividades y busca la paz. En otras palabras, desea acabar con sus actividades. En vez de ello, se le dice que haga

algo además de o en lugar de sus actividades. ¿Esto puede ser de utilidad para el buscador? (*Talks*, 601).

El amor postula la dualidad. ¿Cómo puede ser el Yo el objeto del amor? El amor no es diferente al Yo. El amor hacia un objeto es de un orden inferior y no puede perdurar, mientras que el Yo es amor; en otras palabras, Dios es amor (*Talks*, 433).

Vuelvan la vista hacia el interior y el mundo entero se llenará del Espíritu Supremo. Se dice que el mundo es ilusión. La ilusión es realmente Verdad. Aun las ciencias materialistas sitúan el origen del universo en alguna materia primordial... sutil, sumamente sutil (*Talks*, 199).

Dios es el mismo, tanto para aquellos que dicen que el mundo es real como para sus oponentes. Su punto de vista es diferente. No es necesario que se enfrasquen en tales discusiones. La meta es una y la misma para todos. Búsquenla (*Talks*, 199).

La Biblia dice "Aquietaos y sabed que Yo soy Dios" (Salmos: 46; 9). La quietud es el único requisito para la realización del Yo como Dios (*Talks*, 338).

Brahmacharya es "vivir en Brahman". No tiene relación con el celibato, como comúnmente se cree. Un verdadero *brahmachari* encuentra éxtasis en Brahman, que es lo mismo que el Yo. ¿Por qué buscar, entonces, otras fuentes de felicidad? De hecho, haber salido del Yo ha sido la causa de todo sufrimiento (*Talks*, 17).

Cuando hay contacto con cierta clase deseable de recuerdo, o cuando nos libramos de un contacto o recuerdo indeseable, decimos que hay felicidad. Esta felicidad es relativa y mejor sería llamarla placer (*Talks*, 28).

Pero los hombres desean la felicidad absoluta y permanente. Ésta no reside en los objetos, sino en el Abso-

luto. Es la paz, libre de dolor y de placer... es un estado neutro (*Talks*, 28).

Éste es el Reino de los Cielos. El Reino de los Cielos que menciona la Biblia y este mundo no son dos regiones distintas. "El Reino está dentro de vosotros", dice la Biblia. Y así es. Quien ha alcanzado la realización ve esto como el Reino de los Cielos, en tanto que los otros lo ven como "este mundo". La diferencia estriba solamente en el punto de vista (*Talks*, 609).

Nirvana es Perfección. En el Estado Perfecto no hay ni sujeto ni objeto; no hay nada que ver, nada que sentir, nada que saber. Buscar y saber son las funciones de la mente. En el *Nirvana* no hay nada más que la bienaventurada conciencia pura: "Yo soy" (*Talks*, 406).

GLOSARIO

Advaita	No dualidad, la filosofía del "Uno sin segundo".
ashankara	el "yo personal".
Arunachala	una montaña en los Ghats orientales, famoso lugar de peregrinación.
Arunachaleswara	el Señor de Arunachala, el gran templo a los pies de la montaña.
asanas	posiciones de la Hatha yoga .
asrama	1) etapa de la vida. 2) ermita.
ashtanga yoga	el yoga de los ocho "miembros".
atiasrama	más allá de los cuatro asramas .
Atma	el Yo.
asura	un demonio.
Brahma (m)	Dios como Creador.
Brahma (n)	al Absoluto.
brahmacharya	la primera de las cuatro asramas , celibato.
bhakti	el camino de la entrega.
bhakta	el que sigue el camino de la entrega.
budhi	el intelecto.
Chintamani	la gema celestial que cumple todos los deseos.
Chit	Conciencia Absoluta.
diksha	iniciación.
dvaita	dualismo.
gunas	las tres cualidades o tendencias fundamentales de la naturaleza, subyacentes en todas las manifestaciones: satva , rajas y tamas .
gunatita	el que ha trascendido los gunas .
gurú	dirigente espiritual o maestro.
guruseva	servicio al gurú.
jagrat-sushupti	soñar despierto.
japa	repetición del nombre de Dios o de un mantra, oral o mentalmente.
jñana	el camino del conocimiento.
jñani	el que sigue el camino del conocimiento.

karma	1) acción, trabajo. 2) destino.
karma-marga	el camino de cualquier clase de adoración ritual o, simplemente, actividad.
maharishi	gran rishi (sabio).
mahatma	una Gran Alma, un maestro.
Mahavakya	las cuatro "grandes declaraciones" de los Upanishads.
Mahavrata	gran voto.
mantra	formas cósmicas de sonidos, que se utilizan en el japa o en la meditación.
marga	un camino espiritual que se ha de practicar.
math	sitio en que viven los sadhus .
maya	ilusión.
mouna	silencio.
moksha, mukthi	liberación.
Muladhara	el centro yóguico de concentración (chakras) que se cree está situado en la base de la columna vertebral.
niyama	disciplinas del segundo de los ocho "miembros" del yoga .
Puranas	libros sagrados.
rajas	uno de los tres gunas , el principio de la actividad (pasión, emotividad).
rishi	sabio.
sadhaka	el que busca la verdad.
sadhana	un camino hacia la liberación, práctica espiritual.
sadhu	asceta.
sanyasa	renunciación total, la cuarta de las varnas-ramas .
sanyasi	el que sigue el camino de la renunciación.
shastra	escritura.
satsanga	relación con los sabios y los santos.
satva	una de las tres gunas ; pureza, bondad, serenidad etcétera.
satchitananda	Ser, Conciencia, Bienaventuranza: la Bienaventuranza (Ananda) de la Conciencia (Chit) de Ser (Sat).
sidhi	1) Poderes supranormales, 2) realización.
Shiva	el Señor Supremo.
sruti	los Vedas.
swami	una de las tres gunas : ignorancia, inercia,
tamas	austeridad religiosa.
tapas	Tú eres Eso (Mahavakya).

Tat Tuam Asi turiya turiyatita	el cuarto estado, la conciencia testigo. más allá de Turiya , Conciencia Absoluta. la sección más reciente de los Vedas.
Upanishads	la tercera de las varnasramas ; la "vida en los bosques".
vanaprastha varnasrama	Los dos sistemas coordinados (varna y asrama) de la antigua India. El sistema varna clasificaba a la sociedad basándose en las inclinaciones individuales y asignaba responsabilidades a cada grupo con respecto a la sociedad. El sistema asrama designaba las etapas de la vida individual, teniendo en cuenta la relación del individuo con la sociedad y, al mismo tiempo, facilitando las mayores probabilidades de obtención de moksha para el individuo.
vasanas	predisposiciones e inclinaciones de la mente, debidas a experiencias de la existencia anterior.
Vedas	Las sagradas escrituras del hinduismo, reveladas a los antiguos rishis .
vichara Vishnú viyoga vritti	investigación de la naturaleza del Yo. el Divino Sustentador del universo. separación. movimiento del pensamiento.
yajna yama yoguiraj yoga-bhrastha yojana	ofrenda, sacrificio. el primero de los ocho "miembros" del yoga. "rey de los yoguis". el que se ha apartado de su yoga, su unión. medida, equivalente a 16 kilómetros.

Cazando al Yo se terminó de
imprimir en el mes de abril
de 1990 en los talleres de EDI-
TORA Y DISTRIBUIDORA YUG, S. A.,
Hamburgo 290, México, D. F.

**OTROS TÍTULOS DE LA SERIE
ESOTERISMO Y REALIDAD**

ASHTANGA YOGA, *Baba Hari Dass*

CANTOS DE MILAREPA (Tomo I)

CANTOS DE MILAREPA (Tomo II)
Milarepa

CONOCIMIENTO SAGRADO DE LA INDIA
Swami Nirvedananda

EL DESARROLLO DE LA LUZ
Rodney Collin

EL JUEGO SUPREMO, *Robert S. de Ropp*

EL NUEVO HOMBRE, *Maurice Nicoll*

EL SILENCIO HABLA, *Baba Hari Dass*

EL VUELO DE LA SERPIENTE

EMPLUMADA, *A. Cosani*

EN MI LENTO CAMINAR. *Una introducción
a la enseñanza de Gurdjieff,*
Jaime Retif del Moral

LA CIENCIA DEL AURA, *S. G. J. Ouseley*

LA TEORÍA DE LA VIDA ETERNA
Rodney Collin

LOS AÑOS EN EL TEMPLO
Hamid Bey

MANTRAS, PALABRAS DE PODER
Kailash Vajpeyi

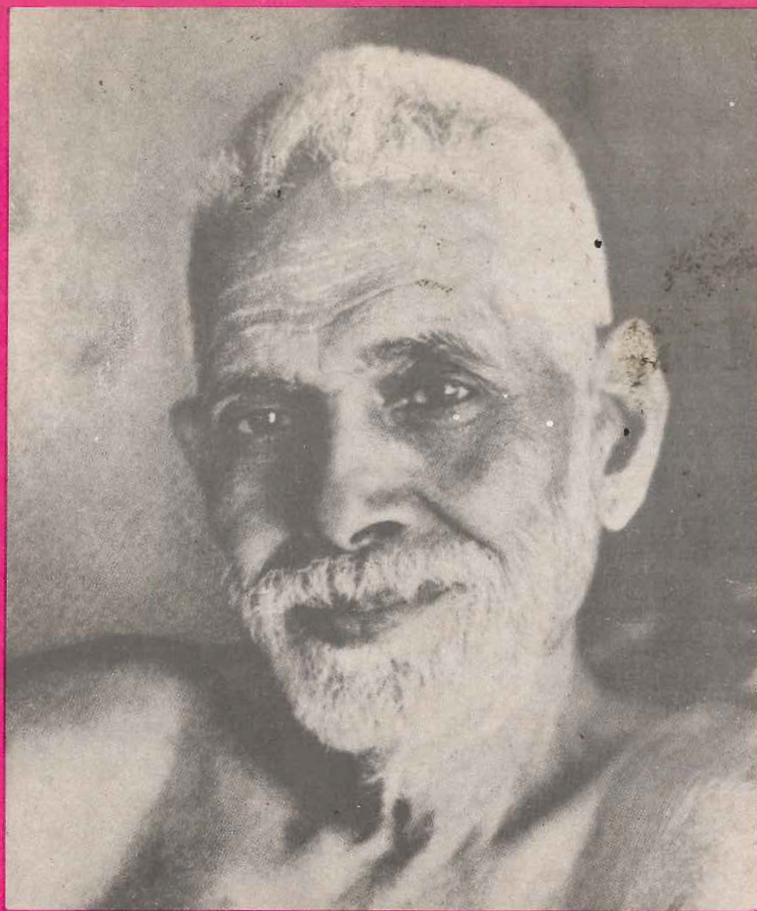
MEDITACIÓN, *Orden Ramakrishna*

PSICOLOGÍA DEL COLOR
Reginald Roberts

ZEN Y REALIDAD, *Robert Powell*

EL BUSCADOR ES LO BUSCADO
Ramesh S. Balsekar

EL ÁRBOL DE LA VIDA
Z'ev ben Shimon Halevi



Ramana Maharshi 1879-1950

“La gente cree que la libertad está en algún sitio remoto y que debe tratar de llegar a ella. Se equivoca. La libertad no es más que conocer al Yo que está en el interior de ustedes mismos; concéntrense y lograrán esa libertad”.